



LA AGRICULTURA

COMO BASE DE TODO ENGRANDECIMIENTO INTELECTUAL (1)

SEÑORES:

UANDO una ilustre corporación me abre por vez primera las puertas de su respetable asilo, he creído siempre que mis palabras, en vez de brotar improvisadas del calor de mi imaginación, deben de ser escritas, deben de consignarse para que no se pierdan, deben de escribirse como muestra de agrodecimiento, como testimonio de respeto y como acto de cortesía á una recepción honrosa y noble. Cien veces se han perdido los ecos de mis palabras bajo las bóvedas augustas de los templos del saber, pero esto ha sido cuando por diferentes veces he ocupado los sitios de sus cátedras: así, pues, yo os ruego, señores, que toméis mi discurso de esta noche como discurso de recepción en el seno de una corporación que me confiere honor altísimo permitiéndome que ocupe su cátedra insigne. Ya es llegada la hora en que alguien fije de manera decisiva el porvenir de la agricultura á través de un siglo que va

(1) Discurso pronunciado, la noche del 12 de Abril de 1888, en la Asociación General de Agricultores de España.

muriendo en otro siglo, como un gigante que lentamente va asimilándose un coloso; todas esas efervescencias, todas esas luchas, todas esas miserias y contrariedades de aspiraciones diversas que hacen fluctuar á la agricultura entre reminiscencias tristísimas y nacimientos dolorosos, deben concretarse en un punto: la verdad.

La verdad en arte es el sentimiento exquisito de lo grande: la verdad en ciencias es la abstracción del espíritu en sus propias abstracciones: la verdad en letras es la síntesis de lo bello: la verdad en política es la adaptación de la teoría en la práctica, y la verdad de todo esto, la verdad que flota y que impera sobre todas las aglomeraciones de la materia y todos los delirios del espíritu, es la agricultura, porque la agricultura es la inmensa vitalidad universal: porque ella sostiene la edificación social de los pueblos grandes ó pequeños: porque ella es la relación existente entre el cuerpo y el ideal: porque ella da al estómago lo que el estómago da al cerebro, sustancias que son ideas, ideas que se truecan en hechos y en palabras, hechos y palabras que demuestran de manera por demás evidente que la inteligencia dimana de todo aquello que ella misma considera como elementos extraños á su desarrollo dentro de esas inmensidades que, dilatándose en el cráneo, hacen del talento la potencia conmovedora de los tiempos. Preciso es aceptar la teoría de que la grandeza intelectual es sólo un producto agrícola, porque si los campos no se hubieran trillado en la antigüedad, si en estos campos no hubiera brotado la dorada espiga, si esta espiga no hubiese sido convertida en alimento indispensable al sostén humano, Jesucristo no hubiera predicho la idea inmensa de las grandes igualdades y de las magnas metamorfosis, ni hubieran pesado tanto en la balanza de las eternidades las innovaciones soberanas de Zoroastro, Mahoma y Carlomagno, ni la humanidad existiría ni aun reducida á la mínima expresión de la pavesa, porque la pavesa es algo, y siempre algo necesita de algo por leyes inmutables del destino.

Yo no podré hablaros con el tecnicismo que tal vez deseáis: yo no podré especificaros lo que la agricultura tiene de material, pero en cambio he de deciros lo que tiene de sublime, lo que tiene de infinita, lo que en sí lleva de abstracta y de in-

material, porque mi espíritu ha sido creado para las definiciones de lo incorpóreo y para las magnas intuiciones de lo invisible: yo separo siempre el ideal del cuerpo, y no obstante reconozco sus antagónicas supremacías; yo elevo mi pensamiento á la región espléndida de las luminosas soledades del concepto, y sin embargo, no puedo menos de ver espejismos descendentes de la altura del ideal á la bajeza de la materia, porque existe entre esa desigualdad una serie de reproducciones infinitamente infinitas, semejantes á esas otras que partiendo de los mundos á las atmósferas y de las atmósferas á los espacios, llevan imágenes y sonidos, alientos y suspiros, delirios y marasmos en alás rapidísimas de eternas transmigraciones á la conclusión aterradora de todo principio orgánico: la mentira.

Para que podáis apreciar toda la verdad profunda del tema que voy desarrollando, me parece pertinente acudir á una investigación histórica que lleve á vuestros ánimos la convicción inmutable de que la agricultura es la base de todo engrandecimiento humano.

En los pueblos hebraicos es en donde más se puede observar esta verdad irrefutable, porque ellos fueron los que conocieron en más alto grado el arte de cuidar de sus haciendas y de hacerlas prosperar por medio de elementos propios y de aspiraciones homogéneas.

El concepto de las heredades defendíalos de sí mismos; por eso David decía en uno de sus salmos: «Dios nos elegirá nuestras heredades,» compendiando en esta frase la maravillosa concepción de que de una entidad suprema puede provenir otra entidad suma que eleve á los pueblos á la cúspide de todo progreso y de todo esplendor.

La poesía más hermosa de la agricultura, la forma estética de mostrarla como inspiradora de una grandeza intelectual soberana de toda soberanía pertenece al «Cantar de los cantares,» de Salomón.

«Hé aquí que tú eres hermosa—dice,—compañera mía: hé aquí que tú eres hermosa: tus ojos entre tus guedejas como de paloma: tus cabellos como manada de cabras que se muestran desde el monte de Galaad.»

«Tus dientes como manada de ovejas trasquiladas que suben del lavadero, todas con crías mellizas, y ninguna entre ellas estéril.»

«Tus labios como un hilo de grana y tu habla hermosa: tus sienes como pedazos de granada á la parte adentro de tus guedejas.»

«Tus dos pechos como dos cabritillos mellizos de gama que son apacentados entre azucenas.»

«Hasta que apunte el día y huyan las sombras, iréme al monte de la Mirra y al collado del Incienso.»

«Panal de miel destilan tus labios ¡oh, hermosa!: miel y leche hay debajo de tu lengua: y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.»

«Huerto eres cerrado, hermana, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada.»

«Tus renuevos, como paraíso de granados, con frutos suaves, de cámporas y nardos.»

«Nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso: mirra y aloes, con todas las principales especias.»

«Fuente de huertos, pozo de aguas vivas, que corren del Líbano.» (1)

Tan sublime sencillez poética, tan dulcísima rudeza en la frase, no demuestran, señores, más que una manifestación más de la verdad que definiendo esta noche ante vosotros.

En la edad antigua, la teoría de que la agricultura es la base de toda la grandeza intelectual se halla simbolizada en abundantes objetos de labores campestres y de uso común, pertenecientes á las tribus semíticas, chamíticas y jaféticas: en las diversas evoluciones del comercio de los pueblos que empezaban á sentir necesidades imprescindibles de sociabilidad: en el embrutecimiento en que caían los Estados víctimas de las grandes dinastías y en todo el conjunto presentado por los pueblos que marchaban al progreso viendo florecer las mieses de sus campos, y por los pueblos que tornaban á sus barbaries primitivas, pasando imbéciles sobre las ruinas de sus ri-

(1) *Cantar de los cantares*, cap. IV. Biblia, pág. 569.

quezas forestales y sobre las desolaciones espantosas de sus hogares.

La agricultura en la Edad Antigua no revistió los caracteres extraños que en la Edad Media: aquella necesidad absoluta de sembrar para vivir y de vivir para ver, que sintieron forzosamente en sus organismos todas las razas pobladoras del globo: aquellas ansias de engrandecimiento territorial que empujaban á las masas populares unas contra otras, ávidas de fijar la estabilidad de sus intereses materiales, y, por lo tanto, la calma y el reposo de sus intereses morales, convergían en un solo punto, cual era la necesidad de acrecentar su poderío agrícola; de recoger el fruto dado por la semilla, y de hacer algo grande para extender su comercio por el mundo, salvando las olas y acortando las distancias, y engrandeciendo, por tanto, su inteligencia para ponerla al alcance de comprensiones y de empresas que fueran haciendo de cada agrupación, de cada individuo y de cada familia una base de solidaridad capaz de resistir todo el peso de sus evoluciones y todas las consecuencias de su conducta.

El espíritu que en la Edad Antigua empujaba al labriego sobre las heredades no era un espíritu digno de admiración, porque era mezquino y porque sus tendencias eran sólo á trabajar para beneficio particular y no para bien general, y sabido es que siempre los pueblos cuyos hijos han trabajado únicamente para sí no han pasado nunca de un justo medio que los hace aparecer en la historia como aves de rapiña, y no como águilas del progreso ó atletas de la inteligencia.

Ha privado siempre sobre todas las edades un espíritu de sugestión, al par que un aliento poderosísimo de energía: esta sugestión, cuya procedencia puede buscarse á través de lo infinito para no encontrarla nunca, encarna en sí una filosofía siniestra que bien puede llamarse filosofía del fatalismo, y ese soplo vivificador que impele al hombre á la siembra de sus campos para sostenimiento de su organismo, á acometer empresas que le elevan ó que le hundan de un golpe, á convertirle en héroe ó en mártir, en esclavo ó en señor, es la potencia que siempre lucha rugiente y poderosa con todos los grandes marasmos, con todas las grandes angustias, con todas las

magnas agonías dimanadas de ese glóbulo de fatalismo que todos los pueblos y todos los individuos sentimos hervir en nuestras venas y en las entrañas de nuestros ideales.

Cuando la agricultura ha tropezado con políticas despóticas ú obstruccionistas, la inteligencia se ha limitado á empequeñecerse dentro de los moldes de una rutina denigrante, no habiendo en estos casos nada capaz de levantarla de su prostración, porque, privada de la amplitud de su desarrollo, sucumbe, abandonándolo todo y abonando los campos yermos con productos de desesperación, regándolos con raudales de llanto, á cuya amargura brota estéril y escueta la planta que en tiempos de libertad creciera lozana y hermosa bajo el sol espléndido de la ventura y de la prosperidad.

La riqueza universal debe saber adónde se encamina el ideal supremo de su existencia, debe conceptuar en grandezas sintéticas de poderío material lo que no cabe en la amplitud infinita de sus diversas influencias. Saberlo y sentirlo todo y no saber ni sentir nada, porque este siglo es el siglo de las grandes indiferencias y el coloso de las grandes ambiciones materiales, á pesar de sus pomposas manifestaciones artísticas, es el resultado final de ese inmenso frenesí de fortuna, donde muchas veces sucumben los afectos más queridos del corazón, la honra, la familia y el decoro público como pobres náufragos; pero no obstante, esa metalización odiosa, esas ansias repugnantes de dinero revisten formas loables cuando son aplicadas á algo que es útil.

No es la sobreposición del capital sobre el trabajo el objeto de que pueda valerse el destino para hacer sufrir al individuo, no; existe además en las grandes luchas mercantiles una filosofía de egoísmo que todo lo desnivela y que de todo se posesiona, desde el corazón hasta el cerebro, desde el cuerpo hasta el alma, y desde el alma hasta más allá de las magnas adivinaciones eternas, porque esta filosofía es hija de la ruindad y tiene que cumplir los repulsivos deberes que traen consigo las maldades humanas, sacrificándolo todo ante el oro, que pasa por el crisol de la vida fundido con las grandes verdades y las grandes mentiras, para dar por resultado un compuesto tan singularísimo y tan extraño que no tiene nom-

bre ni en las profundidades de la lógica, ni en las luchas antropológicas de la sustancia gris, porque hasta ese concepto de raciocinio y esa sustancia sin la cual el cráneo fuera únicamente huesosa nulidad desaparecen en lo caliginoso de ese vértigo, que bien puede existir en nosotros porque haya existido ya, y por lo tanto, proceda de las inmensas emanaciones sepulcrales, dada la creencia de que hay algo en el ataúd que siempre es necesario á la vida para marchar á la consumación de sus fines.

La agricultura es la ciencia de la práctica, y la práctica de de la ciencia.

Los pueblos que han sido agricultores, las razas y los Estados y las naciones que han cuidado sobre toda excelencia del mejoramiento agrícola de sus poderes rurales, han llegado siempre á la altura de una prosperidad intelectual que, haciéndoles fuertes en la soberanía material de sus bienes territoriales, los hacía poderosos en política, inexpugnables en la guerra y fanáticos en religión; porque es un axioma verdadero de toda verdad que la estabilidad de la materia es siempre la base capitalísima en que asienta la inteligencia todas las magnificencias de su inmensidad.

El Egipto antiguo, esclavo de los grandes cetros, no pudo comprender nunca que la agricultura fuera la esencia vital de sus crecimientos morales, ni pudo concebir la idea de que los surcos abiertos en los campos fructifican más que los surcos abiertos en el mundo por las ruedas de los pesados carros faraónicos; por eso lo compendia todo en un enigma inmenso; por eso escribe sobre los sepulcros de sus tiranos los jeroglíficos misteriosos de sus sentencias, temiendo acaso ser adivinados por el porvenir; por eso marcha unas veces comiendo entre lágrimas el pan amasado con sus dolores; por eso otras veces cohibe las manifestaciones de su inteligencia y reconcentra en el aire de sus suspiros todas las amarguras de su alma, pasando como espectro miserable sobre el montón informe de las ruinas de sus territorios y de las tristezas de su idealismo material; los guerreros y los Faraones hacían pesar su despotismo sobre todo el cultivo de las tierras egipcias, y mal podía desarrollarse la existencia intelectual dentro de un

materialismo cesáreo que absorbía en sí hasta la más insignificante de sus manifestaciones.

Desde el establecimiento de los cananeos hasta la destrucción de Sidón por los filisteos no hay que buscar en la agricultura más que una larga serie de vicisitudes contrarias en su esencia, en su forma y en sus consecuencias al progreso intelectual de la masa compacta de pueblos y de Estados que pasaban sobre el mundo como aterrados por sus propias discordias, ó como fugitivos de sus mismos infortunios.

La afeminación de los persas no bastaba más que á la creación de los conjuntos polícromos de su arquitectura, dejando los campos á merced del capricho individual; por eso su inteligencia no se mostró poderosa hasta los tiempos de Ciro, que si bien llevaba tras sí la guerra, llevaba también en sus conquistas gérmenes valiosísimos de engrandecimientos materiales y espirituales; por eso Tiro se hace la reina del comercio; por eso los bajeles surcan los mares y llevan por doquier principios de adelantos y de prosperidades que más tarde fijaran la situación decisiva de los Estados á su entrada en los siglos de la Edad Media.

Donde la agricultura creció más y la inteligencia llegó á su grado máximo fué en Grecia, en los tiempos de su mayor prosperidad, pero no en aquellos en que las leyes relativas á la propiedad distribuían en partes iguales entre los espartanos y los laconios 9.000 lotes mayores para aquéllos y 30.000 no tan grandes para éstos, y en que el cultivo de las tierras fué abandonado al cuidado de los lacedemonios, quienes las hacían labrar por los ilotas, y que eran también los que se dedicaban á la industria y al comercio, probándose con esto que los griegos de entonces no creían en que la agricultura influyese sobre su inteligencia.

Desde el Arcontado hasta el fin de la época de la grandeza griega y desde allí hasta los principios de la decadencia helénica, la agricultura, si influyó sobre el espíritu dando fuerzas y robusteciendo la materia, no fué más que para llevar á su entraña la herencia de las nostalgias y los gérmenes del abatimiento más lastimoso y deplorable.

En el tercer período de la historia antigua, comprendido

desde Alejandro Magno hasta la fundación del Imperio romano por Augusto, nótanse grandezas y pequeñeces soberanas y miserables, porque los mercaderes que transportaban su comercio de región á región y los labradores que trillaban los campos y cosechaban los frutos de sus trabajos, si bien los empleaban unas veces en beneficio de sus naciones, otras los abandonaban y recogían, temerosos de que sus vidas y sus haciendas fueran arrolladas por el turbión guerrero que arrasaba entonces al mundo, marchando uncido al carro victorioso del monarca conquistador que, fijando siempre su pupila, ávida de esplendores, en la redondez de nuestro planeta, olvidaba que toda conquista es un crimen y que no puede imponerse jamás la fuerza sin menoscabo y detrimento de los intereses materiales de los Estados, que son, sin disputa, los únicos que los sostienen y engrandecen entre sus principios y sus fines, entre sus anhelos y sus realidades; porque nada existe en la vida sin dar á la materia lo que es de la materia y al espíritu lo que es del espíritu, para aunarlos después y constituir esa entidad social que se llama política, esa política que no podrá nunca realizar programa alguno si no tiene en cuenta que la agricultura y el comercio son las fortísimas bases de todo progreso y de todo adelanto.

No pretendáis definir en la agricultura de los tiempos antiguos esa relación infalible entre lo material y lo abstracto que hace de las grandes agrupaciones humanas compactas masas de resistencias, porque aquellas épocas eran épocas de comienzos, porque aquellas centurias empezaban á fijar su estabilidad social, y mal podían saber que los frutos de sus trabajos influían sobre las evoluciones de sus inteligencias.

Donde la agricultura ha prosperado, donde el trabajo por el sustento ha sido considerado en lo que es, las artes y las letras, las ciencias y los descubrimientos han recorrido radiantes las órbitas espléndidas de su apogeo; pero, por el contrario, donde se han olvidado los deberes que los hombres tienen consigo mismos en lo relacionado con el progreso de sus intereses materiales, las manifestaciones de la inteligencia han sido no más que pequeñeces; los anhelos de su inspiración han sido únicamente trocados por tristes realidades de amargo

desconsuelo; las querencias de su espíritu no han pasado de vanas aspiraciones esclavas de la duda, y todo el conjunto de sus hechos ha quedado reducido á un desarrollo pobrísimo de etapas de cansancio y de desaliento profundo.

En la interminable serie de consideraciones que la humanidad tiene que hacerse á sí misma antes de su tremenda inmersión en la tumba; á través de ese inmenso cristal ahumado del porvenir que sirve á las generaciones para ver sin cegar lo que viene; dentro de ese espacio de tiempo en que los días suceden á las noches, y los días y las noches pasan y pasan como oleajes del delirio; dentro de ese círculo, á veces estrecho, á veces dilatado, en que vivimos y morimos por desgracia ó por fortuna, existe una esencia tal de vitalidad humana, que es forzoso analizarla para comprender hasta el colmo de las comprensiones que la materia es la base del espíritu, y el espíritu la base de la materia; lo tangible impera sobre lo incorpóreo por una ley de asimilaciones materiales que convergen en un solo punto, en el estómago, fundidor de sustancias que llevan al cerebro el germen de la idea, idea que ni vive ni alienta, ni crece ni se formula si no hay en la profundidad del vientre algo que establezca una fuerza productora y una nivelación imprescindible entre lo que hierve en el cráneo y lo que se descompone en la entraña. Nosotros, para disponer de nuestras inteligencias, necesitamos de nuestros intestinos, y nuestras inteligencias, para disponer de nuestro organismo, necesitamos de un principio de asimilación y de un fin de grosería.

Si en determinados períodos de la Edad Media la inteligencia prosperó en las esferas sublimes del arte y del saber, fué porque la agricultura atravesaba días venturosos, porque artistas y sabios gozaban de sus frutos y robustecían sus vidas con el producto precioso de las vides y heredades. No sucedía esto cuando el feudalismo ponía trabas á los mercaderes y los robaba y asesinaba, talando sus campos y quemando sus graneros y sus cosechas; no sucedía esto cuando la nave del oriental cruzaba los mares exhausta y ligera.

Cuando las Cruzadas, «ese espléndido monumento de la locura humana,» según la elegante frase de Robertson, mar-

chaban á la Palestina á rescatar el sepulcro del Nazareno, la agricultura y el comercio, desarrollados en amplísima esfera, amontonaban riquezas sobre riquezas, que, invertidas en las diversas necesidades de la vida, produjeron la caballería andante, la poesía de los trovadores, las fastuosas cortes de amor y toda esa sarta brillante de hermosuras en que el espíritu de la época flotaba, como fantasma luminoso, ebrio de belleza y pletórico de dulcísimo sentimiento, y en que las cuerdas delicadas del romanticismo vibraban sonoras como notas de perlas sobre pentágramas de cristal.

La historia de la agricultura ha sido siempre la historia de los grandes progresos humanos, marchando siempre unida á todas sus pompas y á todas sus maravillas.

Á la filosofía positiva de los pueblos y de las naciones, en general y en particular, corresponde desde luego el engrandecimiento de la agricultura; por eso, aquella concepción que en los siglos medios hacía aparecer á la industria y al comercio como consecuencia y capricho de la voluntad señorial, no podía menos de cohibir la dilatación y el desarrollo de la agricultura que, agonizante casi siempre y muy pocas veces floreciente y respetada, no podía asumir en sí el derecho de propiedad progresiva intelectual que siempre ha residido en ella cuando los Estados y sus gobernantes la han considerado como base capitalísima de sus apogeos, como escalón principal de sus victorias y como apoyo inquebrantable de sus esperanzas de prosperidad.

Desde el ideal supremo que se encamina á la consumación eterna de sus querencias de gloria y sus ambiciones de inmortalidad, hasta la palpitación latente y tangible de las fibras corporales; desde el delirio soberano que arrebató al alma en alas de una abstracción inmaculada y divina, hasta el vuelo rastrero con que la miseria hace galardón de sus repugnantes soberbias; desde aquellos siglos en que la filosofía sustancial de la materia luchaba con la filosofía inorgánica de los grandes atletas de la inteligencia; desde los momentos en que una decisión social fijaba una finalidad individual y traía tras de sí la serie de bienandanzas y de catástrofes que nos han afligido siempre en todo y por todo; desde la separación de los Esta-

dos europeos hasta la venida de los bárbaros, y desde aquí hasta la mágica alborada de los tiempos modernos, los servicios prestados por la agricultura á la inteligencia, y por la inteligencia á la agricultura han sido por demás evidentes é inequívocos; cuando las guerras han empujado á las naciones unas sobre otras; cuando las rojas antorchas del delirio guerrero han flameado aquí y allá como mensajeras pavorosas de una destrucción eterna; cuando las contrariedades de la política universal del pasado y del presente han dado á los ecos los estruendos del combate y han dejado sueltos á los vientos los pliegues ensangrentados de sus pendones, el principio de fuerza ha tenido siempre que pedir auxilio al principio de sostenimiento, aunque después no lo haya respetado y lo haya arrebatado ingrato y cruel sobre los despojos de sus víctimas y los residuos de sus crueldades.

El siglo XIII concedía á su engrandecimiento intelectuales condiciones y efectos divinos, olvidando que la sustancia gris, esa alma de la antropología y esa rival de la metafísica, no puede jamás atribuirse á sí propia más que condiciones y causas y efectos del principio único de asimilación que, sosteniendo al cuerpo sobre la faz del planeta, le sirve de escalón ascendente á lo infinito.

Lo que lo uno proporciona, lo otro lo devuelve; de ahí que se hace incomprensible que aquella afición por las adivinaciones misteriosas y por las ciencias secretas que corroía el espíritu legendario de la Edad Media no hubiese podido concebir la teoría de las existencias, debida á la práctica de las sustancias.

El siglo XIV encerró en los moldes de sus convicciones señoriales lo que los siglos XV y XVI consideraron como principal fundamento de la riqueza de sus Estados y del poderío de sus reyes; el monarca y el caballero, la dama y el trovador en sus sueños de idealismo, no pudieron concebir en el siglo XIII, que ellos y cuanto de ellos dependía, que desde el cuerpo que exponían á los azares del combate, hasta el alma que entregaban á las luchas del amor más soñador y más caballeresco, no eran más que productos de lo que se recogía en las tierras de sus haciendas y en los campos de sus here

dades; productos que, llevados á sus entrañas por la necesidad de la alimentación, vigorizaban sus espíritus y sus cuerpos para exponerlos á las grandes hecatombes de la espada y á las pavorosas catástrofes del sentimiento.

La misma grandeza del siglo XVI, que requería para sí una considerable extensión reflexiva, era deficiente en lo respecto á las grandezas de su materialismo nacional, de su progreso agronómico y de cuanto se relacionaba con sus manifestaciones comerciales. Que no hay nada más nocivo á la prosperidad agrícola de los pueblos, se halla evidenciado en el fanatismo que convertía á Felipe II en terrible verdugo de los que no pensaban como él, y al Duque de Alba en tremendo ejecutor de justicias que eran maldades; maldades que lo aniquilaban todo en nombre de una religión más ó menos verdadera; maldades que consideraban á la Europa como un inmenso campo de cabezas que había que talar con la hoz siniestra del despotismo por el solo delito de que en ellas se agitaba una idea comunal, quizás más beneficiosa á las naciones que la otra idea que implantaba á fuerza de sangre y de horrores; cuando la religión ha soltado las huestes de su soberanía destructora, los pueblos no han tenido más que hambre y pestes y sus campos sólo han producido las flores pálida y escuetas del infortunio, dignos frutos de la semilla venenosa de las discordias humanas.

Los presupuestos de guerra que todos los Estados levantan á la ruptura de una paz política, son los que de por sí matan y aniquilan y pulverizan los servicios y las funciones que la agricultura presta á la sociedad hasta en la más insignificante de sus manifestaciones; por eso las guerras de Flandes y de Inglaterra, de Portugal y de Italia, de Alemania y de los Países Bajos, no podían menos de resultar depresivas de todo adelanto industrial, comercial, económico y agrario.

Durante el reinado de Felipe IV de Austria, la política del Conde-Duque de Olivares no podía menos de ser funestísima á la agricultura de aquellos tiempos; la tensión moral del Estado con respecto á sus desgraciadas guerras y la penuria del Erario, incapaz de atender ni á la más mínima necesidad nacional, tenían al labrador y al hacendado en una situación ver-

daderamente difícil y azarosa; mucho sufrían los bienes generales y particulares y mucha era la fatalidad que envolvía á todos á modo de nube pavorosa de la desgracia, notándose, no obstante, que si bien la producción y el trabajo sufrían inercias de muerte, la inteligencia ascendía á una altura empírica, transportada en alas de la fantasía radiante de Calderón y Lope de Vega. Éste es un suceso verdaderamente asombroso, si se tiene en cuenta el estado deplorable del principio material de la existencia. No se comprende que en épocas acosadas por sinnúmero de necesidades pintara Velázquez sus portentosos cuadros, riese Quevedo con francas carcajadas de humorismo y escribiera Moreto sus admirables comedias.

El Estado no ha debido nunca ni intervenir ni influir en la producción y en el comercio, según las doctrinas librecambistas del día; pero no hay más que volver la vista al ayer de nuestra vida y fijarla en nuestro presente para convencerse de todo convencimiento que la producción y el trabajo, la industria y el comercio han necesitado y necesitan de toda necesidad para llegar á la realización de sus altos fines de una protección poderosa por parte del Estado, porque los intereses de las naciones no pueden nunca prosperar sin ir unidos á ese gran movimiento social llamado política; y si esto no fuera así, si la industria y el comercio y la producción y el trabajo no marcharan por el mismo cauce de la política, serían no más que leves manifestaciones de adelanto.

Si el comercio y la banca no necesitan de la política, ¿por qué se estremecen los fondos públicos cuando tal ó cual monarca enferma ó cae derribado por la muerte? Sería ilusorio el pensar que los elementos materiales de la vida de los pueblos pueden segregarse de influencias políticas para llegar solos al fin de su carrera evolutiva.

Los males que aportó á la monarquía austriaca del siglo XVII la política desdichadísima de los consejeros de aquella Corona, pesaron sobre España más pesados y más fatales que nunca cuando Carlos II subió á aquel trono, oscurecido por todas las opacidades de la desgracia y cobijado bajo todas las nubes de la decadencia y del dolor popular.

El principio de sostenimiento material asemejábase á un fin

de desequilibrio general; divorciados el pueblo y la monarquía en virtud de intrigas y de hondos disgustos promovidos y agitados por la ambición y la astucia personificadas en Fray Froilán Díez y en la Reina María Ana de Nenburgo; aniquilada la iniciativa regia del Soberano por el absurdo y por la locura; entregados los poderes públicos á los azares, que condujeran á Valenzuela á una ruina y á una derrota vergonzosas, pero necesarias á la sucesión de aquellos acontecimientos, la agricultura y la inteligencia no podían menos de ser dos cadáveres arrojados á un hervidero de miserias; por eso la producción era una especie de gusano roedor de las instituciones, y por eso la inteligencia reconcentraba todos sus afanes y todas sus cualidades de sustancia pensante en el hambre que aniquilaba al cuerpo y mataba todas sus manifestaciones, viéndose con esto evidenciado el concepto de que lo íncorpóreo, como la idea, no puede vivir casi nunca cuando le falta ó vacila la base de sostenimiento material.

Á tan largos períodos de desgracias no podían menos de suceder otros de bienandanza, inaugurados cuando Felipe V recogió la triste herencia del Hechizado para convertirla en galardón, que más tarde recogieron Fernando VI y Carlos III; lo inerte tenía que resucitar, y resucitó completamente revestido de metamorfosis brillantes y de vitalidades poderosas; los campos recogieron en sus tierras la semilla bienhechora; absorbieron sus jugos vivificantes con verdadera sed de producción; juntáronse todas á una sus propiedades creadoras y productivas, y pronto se mecieron sobre ellos verdaderos ejércitos de mieses que se balanceaban al viento rubias y hermosas como extrañadas de su nueva juventud y lozanía, después del abandono y de la muerte en que yacían, quizá por cumplimiento de leyes fatales del destino; los pueblos empezaron á vislumbrar nuevos horizontes para su cultura y su perfectibilidad material, á pesar de las amarguras y de las desgracias que marchaban como legiones de furias en pos de la aciaga y terrible guerra de Sucesión.

La inteligencia crecía y se vigorizaba al par que los bienes materiales ocupaban sus órbitas respectivas de progreso; las artes prosperaban patrocinadas por el Rey, y todo lo que en

las generaciones anteriores había sufrido descalabro ó detrimento, completaba su perfección y su bienestar.

Los tiempos fueron pasando desde la muerte de Fernando VI hasta el destronamiento de Isabel II: á través de las glorias de Carlos III, de las vacilaciones de Carlos IV, de las bajezas de Fernando VII, de las usurpaciones de Napoleón I, de los horrores de la guerra de la Independencia y de la guerra civil, hasta el momento decisivo en que vueltas al agotamiento y á la miseria las riquezas agrícolas y comerciales; exprimida la paciencia de los pueblos por la opresión de las monarquías, diezmados los campos y las familias, exhausto el Tesoro nacional por el acontecimiento de empresas funestas é improductivas, la revolución se encargó de implantar los nuevos principios morales y materiales reclamados con urgencia por los pueblos, cansados de tanto sufrir.

¡Ah, señores! La revolución trajo consigo mucho bueno y mucho malo, confundidos en revuelta amalgama de innovaciones y de teorías favorables y fatales á los principios mismos de modernismo y de igualdad propagados é implantados para conducir al Estado y á la Nación á fines altamente grandiosos, pero también altamente nocivos en muchas de sus partes al desarrollo de los bienes generales, de las riquezas públicas y privadas y de cuanto se relacionaba con el adelanto material de la producción; el concepto de igualdad inculcado de un modo repentino en el cerebro del que no pensaba en ello más que en momentos de delirio ó de sueño, dió por resultado aquel ensayo de república que no bastó para engrandecernos, pero que fué suficiente á preparar la restauración borbónica. Preciso es reconocer, y por lo tanto preciso es confesar, que si bien aquella república mostró á los ojos de la Europa la etapa más grande de nuestro idealismo liberal, fué causa y origen de muchos de los males que ahora afligen nuestros momentos de plácida esperanza y nuestros deseos de adelanto material é intelectual.

Volvió á ser recogido el cetro abandonado por el Duque de Aosta; ciñó las sienes de Alfonso de Borbón la corona castellana, y como consecuencias de los grandes esfuerzos hechos por los pueblos y por las instituciones en sus períodos

de lucha y de transición, comenzó á iniciarse en el movimiento general de nuestros bienes materiales, en el desenvolvimiento de la agricultura y en la estabilidad de nuestras propiedades urbanas y rurales una decadencia que, acrecentándose por momentos, nos ha traído á estos instantes críticos y de laboriosas crisis agrarias, económicas, intelectuales y políticas, en que la indiferencia y la escasez de recursos para todo nos sumerge en una especie de letargo trágico, precursor de horrendas catástrofes ó de poderosísimas reacciones.

Perece la agricultura, y, faltas de una base capital, oscilan todas las cosas, desde lo pequeño hasta lo grande; desde aquello que apenas se distingue, hasta aquello otro que por su magnitud descuella sobre todo y sobre todos como inmenso promontorio.

Las crisis agrícola y económica de estos nuestros tiempos de incertidumbre son las tremendas profecías de nuestro porvenir si no acuden en nuestro favor esos elementos de vida tan deseados en instantes como éstos; instantes que son para nosotros eternidades de espera; esperanzas quizá de muy tardías realizaciones ó precursoras de realidades tan tristísimas que sólo su adivinación nos estremece de pavor.

¿Adónde se ha de acudir en busca del codiciado filtro ó de la precisa inyección vital? ¡Ay! Algo monstruoso dibuja á lo lejos sus tenebrosos perfiles. Si es verdad que muchas veces reside en la ley de compensaciones el espíritu vivificador de toda inercia, ¿por qué no proporcionamos un credo solemne y único al socialismo? Tal vez fuera ese credo la salvación de nuestros intereses ó la extinción de nuestros males.

Con los enfermos de muerte se emplean á última hora los grandes remedios de vida ó muerte: la Nación está enferma de toda gravedad: aplicadla uno de esos remedios y observad; ¡quién sabe! puede que dé algún resultado.

La crisis agraria afecta en todo y por todo á los intereses particulares de España; hay unánime conformidad en reconocer que la importancia suma de su gravedad exige de por sí detenidas reflexiones y profundísimos estudios; la opinión lo comprende así; la política actual del Gobierno manifiesta claramente que la crisis agrícola es antigua y mal crónico en

España, y que los agricultores no deben buscar salvación en reformas arancelarias, sino en el mejoramiento de los cultivos: esta declaración gubernamental se presta de suyo á largas discusiones; pero como éste no es momento ni lugar oportuno para ello, es necesario convenir, por si acaso, que semejante declaración es un desposorio de verdad y de mentira que puede tener por hijo á la razón.

Si por desgracia la agricultura atraviesa uno de sus más penosísimos períodos, ¿por cuál no ha de atravesar también la inteligencia? El mal fundamental corre parejas con el mal intelectual: si los campos no muestran más que el abandono y la falta de recursos, las manifestaciones de la inteligencia sólo revisten formas anémicas y débiles, que me hacen creer que, si no estamos en una época hermana de la de Carlos II, estamos quizá en otra peor, porque no tenemos ni la esperanza de redención que tuvieron aquellas otras centurias del siglo XVII.

En crisis la agricultura; en crisis la inteligencia; en crisis la propiedad y el trabajo; en crisis la producción y la venta; en crisis la industria y el comercio; en crisis la política de los partidos; en crisis la fe religiosa y el ardor de colonizaciones, ¿podéis decirme, señores, qué es lo que hoy no está en crisis, palabra que en estos momentos lo sintetiza todo?

En España no se disfruta de la paz de que se goza en los campos de otros países de Europa, reinando la inseguridad en gran parte de sus provincias, en donde la vida y la hacienda se hallan comprometidas por el secuestro y la destrucción. Como consecuencia necesaria de todo esto viene la retracción individual de aquel que, teniendo posibilidad material de acción, no expone un capital para que no le ofrezca interés alguno.

No obstante, nosotros, en medio de tantos males, tenemos la ventaja de que nuestra pobreza agrícola nos sirve de escudo contra los diferentes daños de la crisis económica. Al sustancialismo de la ciencia agrícola corresponde la penalidad de la ciencia abstracta de la inteligencia, como pertenece el principio inorgánico al principio vital; como corresponde el conjunto cósmico al conjunto de la nada; de ahí, señores, que pe-

reciendo lo uno, tiene forzosamente que perecer lo otro, por una de esas infalibilidades cuya esencia nos enseña desde luego mucho que debemos tener siempre presente, pero que olvidamos enseguida por este estado anestésico en que desarrollamos nuestra impotente esfera de acción.

Mal puede buscarse una solución á las desgracias de la agricultura, porque esta misma agricultura, exenta de todo amparo y protección, sólo ve en el azar y en el infortunio las recompensas de sus esfuerzos, los galardones de sus ideales y el rebajamiento de sus grandezas y de sus poderes.

Ha llegado la agricultura á un período en que el agricultor y el propietario, en algunas de nuestras regiones, tienen, por fuerza y por necesidad, que amparar al criminal mismo que tala y que incendia sus campos y sus haciendas, porque perdido el espíritu de las leyes en obcecaciones de escuela y de banderías políticas determinadas, olvida cuanto se relaciona con el engrandecimiento de la propiedad particular y general, pudiendo decirse que nuestra situación agrícola actual es hija del acaso y de la circunstancia, sin que sobre ella influyan ni la justicia, ni la legalidad, ni el derecho de gentes, ni el derecho de propiedades. Obedecen estas causas á efectos por demás diversos y heterogéneos, y no está lejano el día en que todo este amillaramiento de infortunios engendre un cisma nacional, más temible y más horrendo que aquel otro cisma que abrió insondables abismos entre los Papas y la Iglesia.

Ninguna de las grandes crisis agrícolas de los tiempos pasados puede compararse con la presente, á la que quieren hallar una solución decisiva instituyendo el Jurado.

Me abstengo, desde luego, á formular un juicio sobre él; el Jurado obedece á un encadenamiento de razones y de sucesos de muy difícil y muy larga enumeración; el labrador lo mira con prevención, y por lo tanto, el escritor no puede aceptarlo con benevolencia, sino con la reserva y la circunspección que lleven á su ánimo el convencimiento más pleno de que puede ó no puede ser útil á la sociedad en que vive y en que contempla la agonía de todos esos elementos valiosísimos, tan indispensables á la vida, como son la prosperidad de sus bienes materiales, el engrandecimiento de sus faculta-

des intelectuales y la solidaridad de sus principios sociológicos y científicos.

Yo no puedo proporcionaros un antídoto al mal; yo no puedo indicaros el remedio decisivo que de suyo reclama situación tan aflictiva y tan violenta; en mí no reside más que la indicación, como hijo de la idea que soy, pero en vosotros están los medios de salvación; recapacitad por un instante vuestras ideas y vuestras convicciones para promiscuarlas con las mías en aleaciones iguales, y procurad sacar de ellas una resolución terminante que no dudo encontraréis, porque vosotros sois señores absolutos de la práctica, y yo esclavo delirante de la teoría y de la abstracción.

Á modo de águila que vaga errante por la amplitud de lo infinito, sin saber sobre qué peña ó qué terruño ha de posar su garras para plegar las cansadas alas, así va mi pensamiento de idea en idea buscando una analogía, cuya comprensión le espanta, entre las causas de la decadencia agrícola y los motivos de esta especie de maldición apocalíptica que macera bajo su inmenso peso á la inteligencia y á la inspiración, que aparecen como envueltas por mojado paño de rigideces musculares ó arrolladas por amarga ola de abatimientos intangibles.

La verdad en ciencias es y no es un mito; la verdad en el presente tiene formas de fantasma, pero consecuencias de monstruo.

La verdad del progreso practicada por lo material no es más que una aproximación del átomo al flúido; fundida la verdad en la razón, no puede menos de resultar lo intelectual adherido á lo material.

La sociedad sobre la materia y la materia sobre la sociedad; en esto se sintetiza todo; fuera de esto, el desequilibrio es evidente; es más que evidente, una necesidad de la acción.

Todos los adelantos materiales de los pueblos han tenido un credo en el que el espíritu del progreso se ha reconcentrado siempre en sí mismo para no absorber más que el jugo de sus propias creencias; absorción portentosa que le ha identificado en todo tiempo y lugar con las maravillas de la apoteosis intelectual.

Nuestro credo de hoy no debe ser más que una convicción reformadora de nosotros mismos.

La agricultura para la inteligencia y la inteligencia para la agricultura; ésta debe ser nuestra única creencia, porque fuera de tal reciprocidad no han podido subsistir nunca ni las naciones ni los gobiernos, por más que se haya intentado invertir los efectos y las causas de esa atracción sobrehumana entre la materia abstracta y la sustancia material.

No han podido ser nunca ni grandes ni poderosos los Estados en que la agricultura ha dejado de influir sobre su vitalidad orgánica; por eso nosotros y nuestra nación resultamos hoy día microscópicos á los ojos de otros Estados y de otras civilizaciones que, siendo ayer inferiores á nuestra cultura, se nos han sobrepuesto lentamente en virtud de esas leyes de sobreposición que encumbran lo pequeño y disminuyen y rebajan lo grande, yo no sé si para hacer ver al hombre que su existencia es una serie de gradaciones comenzadas en lo eterno y terminadas en el vacío de lo deleznable y perecedero.

El cansancio moral y material de las industrias y de las producciones, de los mercantilismos y los trabajos agrarios y económicos; sus espantos, producidos por la abominable comprensión de divinos ideales; las asoladoras influencias de tiránicas personalidades ambiciosas de encumbramientos á toda costa; el inmenso antagonismo entre la teoría y la práctica; las desigualdades entre la razón y la acción; la antítesis constante de la verdad con los hechos; la ansiedad mal contenida de implantar rápidas innovaciones en el seno de sociedades encauzadas en viejos moldes de rutinarismo y de indolencia; la precipitación sanguinaria de traer conceptos apenas comprendidos, apenas concebidos, apenas analizados y apenas vivientes, á la entraña de arraigados absurdos y creencias que mal podían conformarse con súbitas mutaciones, por espléndidas que fuesen, constituyen el origen de que sea éste el día en que la filosofía material sienta vacilaciones y congojas de muerte dentro del punto fijo de su partida.

Á vosotros, agricultores que me escucháis, os toca regenerar este mal, porque habéis creado una Sociedad tan importante, una agrupación tan poderosa, que con ella podéis desde

luego contrarrestar esas tremendas crisis materiales que nos afectan á todos.

Tengo veintidós años nada más, y puedo aseguraros que después de haberme asentado en todos los sitios de las Corporaciones de Madrid y de haber juzgado desde sus egregias alturas la constitución de cada una de ellas y la finalidad de sus principios, no he encontrado más que dos que sinteticen el movimiento nacional de España en el siglo XIX, y que hagan concebir la risueña esperanza de que las generaciones venideras les deberán sus engrandecimientos materiales y sus instrucciones populares; éstas son: la Asociación General de Agricultores de España y El Fomento de las Artes, no correspondiendo más que el más grande de los olvidos al Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, porque su recinto es tumba de la razón y guarida de la individualidad mezquina, habiéndose convertido su cátedra en triste túmulo de grandezas, sobre el que de cuando en cuando se encarama la estupidez para echar risibles baladronadas.

Marchen con pie firme la Asociación de Agricultores y El Fomento de las Artes por las sendas que se han trazado, que al fin de ellas han de encontrarse en el día hermoso en que el sol de las patrias libertades irradie más soberano y más purísimo que nunca.

La cohorte de mis ideas va en busca del reposo; penetran ya en la catedral suntuosa del pensamiento las deslustradas imágenes de mis conceptos llevadas en las andas enmohecidas de mis palabras; la gratitud se posesiona de mi alma, y la precisión de que termine es ya una necesidad para todos.

He intentado bosquejaros períodos de lucha y períodos de ventura para establecer comparaciones y deducciones; he querido estudiar las causas y los efectos de nuestra decadencia y de nuestro abatimiento general; mis ideas se marchan de mi cráneo como palomas que arrancan su vuelo de una roca sumida en la oscuridad para remontarlo á regiones más luminosas. Si habéis encontrado en mi discurso errores y lunares, estos errores y esos lunares son hijos de un buen deseo, quizás cumplido, quizá intentado cumplir; por eso espero que los disimuléis, á cambio del agradecimiento que os consagro por

el honor que me dispensáis esta noche viniendo á escucharme solícitos y complacientes en grado máximo.

Quede reconocida la verdad de que sin la agricultura, la inteligencia no es nada; quede asentada la teoría de que la vida es una fórmula de comunicacióa entre lo material y lo espiritual; quede aquí el convencimiento de que los pueblos lo deben todo á la agricultura, y retíreme yo como actor que, terminado su papel, desciende de la escena satisfecho y contento.

He dicho.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

De la Academia Mont-Real de Toulouse.





ORIGEN Y DESARROLLO
DE
LA VIDA EN EL GLOBO

CONTINUACIÓN (I)

¿Hállase en la época cuaternaria el límite extremo de la existencia del hombre, ó hay que prolongar nuestra genealogía remontándola hasta los tiempos terciarios? Veinte años hace que se discute detenida y calurosamente esta cuestión, sin adelantar un paso. Es indudable que *à priori* nada se opone á que un hombre semejante á nosotros viviese en el terciario. Nunca excedió la temperatura de la que nuestra raza resiste en las zonas tórridas. Pero porque haya podido vivir no debe deducirse que vivió, y estamos en nuestro derecho cuando exigimos que se nos den pruebas de una conclusión tan importante, pruebas que hasta ahora faltan en absoluto. A. Bertrand (2) cita veinte hechos que, al decir de los que los sostenían, no daban lugar á dudas, y cuya in-

(1) Véase la pág. 508 de este tomo.

(2) *La Galia antes de los galos*. París, 1884, pág. 6.

exactitud, no obstante, ha demostrado un examen más concienzudo. ¿Habrá que recordar el cráneo de Calaveras (California) y la superchería de los mineros, de que fué víctima el Sr. Whitney; el hombre de Castenedolo, que difícilmente se admite después del magistral estudio del Sr. Topinard; las osamentas del *Balænotus*, que el profesor Capellini ha llevado de Congreso en Congreso, sin lograr que se acepte que las incisuras que tienen son obra del hombre (1); los numerosos silex, en los que se creía ver retoques, conoides y vestigios de percusión, cosa que no admiten ya cuantos estudian el asunto imparcialmente con el exclusivo objeto de descubrir la verdad?

El más célebre de todos esos descubrimientos, indudablemente por el carácter de su autor, es el de Thenay, hecho por el sacerdote Sr. Bourgeois, director del colegio de Pontlevey. Excusando detalles conocidos de cuantos se ocupan en la cuestión (2), bastará decir que hemos examinado varias veces los silex de Thenay, que están en el museo de Saint-Germain, y los de la colección particular del sacerdote Sr. Bourgeois, que ahora pertenece al museo de Vendôme. El entusiasmo del inteligente director de Pontlevey habíase apoderado también de nosotros, hasta el punto, francamente lo confesamos, de creer en la talla y en la fragmentación de gran número de ellos, valiéndose del fuego, que sólo el hombre podía haber encendido. El estudio y la reflexión modificaron nuestras impresiones; la certeza que creíamos tener se trocó en duda, duda que fué aumentando al comparar los silex que se tenía por trabajados con otros que junto á ellos yacían. Siempre hay que fijarse en el objeto, y cabe preguntar cuál podía ser el del hombre al ocuparse

(1) Estas incisuras las han hecho otros peces. Además el *Balænotus* no pertenece á un depósito de ribera, sino á un fondo cubierto constantemente por una decena de metros de agua. (Stefano de Stefani, *Bul. di Paleontologia Italiana*, Agosto-Septiembre de 1877.)

(2) El autor los ha resumido en su folleto *El hombre terciario*. París, G. Masson, 1885.

en penosa labor para la talla de tales piedrecillas. Nos parece, por otra parte, que su origen está ya demostrado; nuestro docto amigo Sr. Arcelin halló en las orillas del Saona, en un terreno que sigue directamente al cretáceo, y que, por lo tanto, pertenece al eoceno inferior, sílex agrietados ó fragmentados, cuyos caracteres son idénticos á los que encontró el sacerdote Bourgeois (1). Y, como anteriormente dijimos, al comenzar el terreno eoceno, apenas se ha constituido la fauna mamalógica, todavía no hay más que algunos ruines é imperfectos mamíferos. El hombre no podía ser su contemporáneo, á menos que no fallasen las leyes que han gobernado la sucesión de los seres. ¿Á qué causa deben atribuirse esas apariencias de trabajo humano que engañaron á tantos sabios? También nos las explica el Sr. Arcelin: efectos hidrotermales, el calor y la humedad unidos, las determinaron. Acuérdasenos haber visto y oído en el desierto, no lejos de Damasco, bajo la influencia de un sol ardiente, que sucedía al abundante rocío de la mañana, que los sílex crepitaban y se hendían en fragmentos angulosos y cortantes, de aristas vivas y verdaderas incisuras. Imagínense rodando esas piedras durante siglos por la acción de aguas tumultuosas, y se tendrán, sin que intervenga para nada un sér inteligente, formas casi análogas á las de los sílex de Thenay. No es necesario ir á Oriente para presenciar aquel fenómeno. Hace dos

(1) «He recogido, dice Arcelin, á todas las alturas de la arcilla eocena del Mâconnais, sílex que presentan las particularidades observadas en Thenay; piedras con conoides de percusión, retoques unilaterales... Algunos de estos sílex presentan el mismo y conocido aspecto que los sílex tallados de la época cuaternaria, raspadores, puntas de flecha mousterianas, puñales (?) queleanos.» También ha encontrado el Sr. Arcelin en el mismo terreno, y á ocho metros de profundidad, en condiciones incontestablemente auténticas, dos *nuclei*, rodeados aún por hojas ó láminas separadas por la presión de las tierras. Su forma es tan regular como la de las hojas fabricadas por el hombre. Acaso deba deducirse de tan interesante descubrimiento que muchas de las piezas que atribuímos á un trabajo inteligente son resultado de las fuerzas de la naturaleza.

años un individuo de la Sociedad Antropológica de Bruselas participaba á sus compañeros que había observado iguales hechos en el Hainaut, cerca de Renaix. Tal es el origen más probable de los silex de Thenay (1).

Preséntase además contra la existencia del hombre en la época terciaria una objeción que ya hemos indicado, cuya importancia no es dable desconocer. "Existe un inmenso abismo, exclama O. Heer, entre el mundo actual y el terciario (2).", Apoderándose de esta tesis, enumera Gaudry los cambios que ha sufrido la fauna desde el mioceno (3). "No hay, dice, una sola especie de mamíferos idéntica á las especies actuales. En el concepto paleontológico es difícil suponer que los que tallaron los silex de Thenay permanecieran inmóviles en medio del cambio universal; si llegara á demostrarse que estaban tallados los silex recogidos por el sacerdote Bourgeois, la idea que más naturalmente se me ocurriría sería la de que los tallaron los *Dryopithecus*."

No han hecho mella las consideraciones del Sr. Gaudry en los partidarios del hombre terciario. Era imposible que un hombre semejante á nosotros hubiese vivido en el mioceno; era más imposible aún que un mono parecido á los que conocemos poseyese la inteligencia necesaria para fabricar utensilios ó hacer fuego. Nuestros sabios no han vacilado por tan poca cosa; han inventado un sér nuevo, precursor del hombre, al que el Sr. de Mortillet denomina *Anthropopithecus* (4), concediéndole

(1) *Materiales para la historia del hombre*, Abril de 1887.—*Revue des questions scientifiques*, 1887, tomo II, pág. 258.

(2) *Clima y vegetación del país terciario*, pág. 218.

(3) *Mamíferos terciarios*, pág. 240.

(4) Ya hasta tenemos la fortuna de poseer varias especies de antropopitecos: el *A. Bourgeoisii*, que ignoraba la talla de los silex por percusión y se contentaba con fragmentarlos al fuego, como todavía lo hacen los mincopios; el *A. Ramesii*, hallado en el mioceno superior del Puy-Courny; el *A. Riberonii*, por último, más reciente que los otros dos, procedente de Otta (Portugal). Casi nadie admite ya los silex, únicos que podrían atestiguar la existencia de esos diferentes antropopitecos.

una paternidad doble, la del hombre y mono actuales. Darwin ha querido dárnoslo á conocer. Ambos sexos estaban cubiertos de pelo; las orejas eran puntiagudas y movibles; vivían en los árboles y tenían cola provista de músculos propios (1). Á este retrato, bien poco lisonjero, añade Huxley que la inteligencia de dicho sér podría ser un poco mayor que la de la zorra, y que su fuerza le haría más temible que el tigre. En un principio, ninguno de los antropopitecos poseía lenguaje articulado. Colocados en condiciones favorables y en medios más á propósito para sus necesidades, unos adquirieron la facultad de hablar, y éstos son nuestros antepasados; en otros, con menos fortuna, la evolución fué regresiva en vez de ascendente y están actualmecte representados por los monos antropomorfos, gorilas ó chimpancés, orangutanes ó gibbones (2).

Es en verdad muy sensible que hombres de ciencia incontestable sostengan hipótesis tan extrañas sin tratar de fundarlas en un hecho ó descubrimiento. Asertos tan ligeramente aventurados son causa de que algunos califiquen de *novela prehistórica* la ciencia que cultivamos, y por desgracia, fuerza es confesarlo, á veces es justo aquel calificativo.

Hemos indicado cómo apareció la vida en el globo; hemos referido el largo encadenamiento de los seres, desenvoviéndose con orden admirable. Tócanos ahora retroceder, abordar la parte más difícil de nuestro estudio y decir lo que la ciencia moderna sabe respecto á las causas y condiciones de la aparición de la vida en medio de la naturaleza antes inanimada.

(1) *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Londres, 1871.

(2) Hovelacque. *Ass. française*. Lyon, 1873, pág. 613.

VI

Tópanse las moléculas en el espacio, y solicitadas por una fuerza desconocida, por combinaciones mecánicas ó químicas, se unen; elabóranse los seres en el seno de la materia inorgánica; aparecen nuevos organismos bajo la influencia de la luz ó del calor, de la presión ó de la electricidad: la vida sale de la nada. Transcurren millares y aun millones de siglos (el tiempo es factor al que siempre es fácil hacer intervenir), y esos organismos, sin órganos y sin sexo, reproducense por escisiparidad; constituídos por una simple célula, acaso más rudimentariamente todavía, por un grupo de protoplasma, falto de núcleo, que es lo que caracteriza á la célula verdadera (1), dan origen, por una serie de transformaciones sucesivas, á los grandes y fuertes mamíferos que nos rodean, y, en fin, al grupo antropomorfo, compuesto de los cuatro monos superiores y del hombre, que no es más que un antropomorfo perfeccionado. Hæcke (2) ha tratado de establecer nuestra genealogía, y aunque faltan aún algunos eslabones, parece que hemos salido del vigésimosegundo grado de la monera primitiva. Los discípulos van más allá que el maestro; uno de aquéllos, en una obra reciente (3), llega á la conclusión de que el hombre no proviene del mono, sino que él mismo es un mono, y mono muy inferior. Á juicio de otros, descendemos de los vegetales (4). Basta para convencerse,

(1) *El reino de los protistas*, pág. 65.

(2) *Historia de la creación de los seres organizados con arreglo á las leyes naturales*, trad. al francés por el Dr. Letourneau, París, 1874. Véase especialmente la lección XXII.

(3) P. Albrecht. *Lugar morfológico del hombre en la serie de los mamíferos*. Roma, 1886.

(4) Renooz. *Origen de los animales, nueva teoría de la evolu-*

añade gravemente uno de los partidarios de esta teoría, examinar los troncos de los árboles viejos, que llegan á la edad de decrepitud vegetal, que es el punto de partida de la vida animal. Otros, por fin, aseguran que debemos buscar nuestro origen entre los batracios. Fácil sería citar concepciones más peregrinas aún; pero, apresurémonos á decirlo, los jefes de la escuela rechazan esas raras opiniones. El profesor Robin entiende que la genealogía que del hombre da Hæckel es una acumulación poética de probabilidades sin pruebas y de agradables explicaciones que no es posible demostrar. Du Bois Raymond decía en una junta de la Academia de Ciencias de Berlín: "Esos árboles genealógicos tienen casi el mismo valor que, para la crítica histórica, los árboles genealógicos de los héroes de la *Iliada*." Virchow todavía es más enérgico; en una reunión que celebraron en Francfort los antropólogos alemanes se expresó en términos tan vivos, que no nos parece oportuno reproducir.

Carece de base fundamental el sistema que exponen. Pasteur ha probado de irrefutable manera que existe una relación constante entre toda manifestación de la vida, aun la más ínfima, y la preexistencia de un germen vivo (1). Ha demostrado, repitiéndolas, que si apareció la vida en experiencias que sus autores creyeron decisivas, fué porque no se practicaron con los minuciosos cuidados indispensables y que las pretensas creaciones espontáneas de organismos elementales, determinólas siempre la acción de gérmenes contenidos en la atmósfera y no bien esterilizados.

Ya que sabio tan ilustre condena sin apelación las generaciones espontáneas, ¿estaremos más en lo firme

ción. París, 1883. No es, como pudiera creerse, una doctrina fantástica. Ya en 1806, Goethe, uno de los ingenios más brillantes del siglo, á la vez sabio y poeta, la sostenía.

(1) *Los corpúsculos organizados*. Cf. D. Cochin. *La evolución y la vida*, París, 1886.

aceptando la unidad originaria de los seres y su transformación sucesiva en el tiempo y en el espacio? ¿Será verdad que todas las formas organizadas produjéronse por simples cambios acaecidos en el curso de su descendencia? Claudio Bernard dice con harta razón que el carácter esencial de todo hecho científico es el que sea determinable. ¿Sucede esto aquí? Si en otro tiempo hubiesen ocurrido esos tránsitos de uno á otro organismo, debieran caer dentro del campo de la experiencia, debiéramos ser testigos de ellos, siquiera fuese en muy reducida escala. No bastaría argüir con la inmensidad de las edades geológicas, y, por lo menos, deberían poder decirnos en qué medios, bajo la acción de qué fuerzas y en qué condiciones biológicas realizáronse esas evoluciones tan interesantes para los geólogos y antropólogos. Pero, hay que consignarlo, los adeptos más entusiastas de la nueva doctrina titubean y no saben cómo contestar á nuestras preguntas. Escuchad al señor D. Matías Duval (1): "En el estado presente de la historia natural, dice, debemos cuidarnos exclusivamente de las transformaciones y relaciones de los seres vivos, y no del origen de la vida; así como la física y la química no se cuidan más que de las transformaciones y reacciones de las fuerzas, considerando á éstas y á la materia como indestructibles, y no inquiriendo, por consiguiente, su primitivo origen." Nuestros lectores apreciarán el valor de tal respuesta.

Hay otro argumento que encomia mucho la escuela, como nuevo é irrefutable. La comunidad de la conformación embrionaria, dice Darwin (2), denota la comunidad de origen. Todos los animales comienzan por un estado idéntico, y el germen del embrión humano, durante el primer período de la gestación, no difiere en nada de los demás embriones animales. Si se prosigue la observación, y se examina aquél á la tercera ó cuarta

(1) *El Transformismo, Revue d'Anthropologie*, 1883, pág. 254.
(2) *Origen de las especies*, trad. francesa, pág. 473.

semana de su desarrollo, se ve que aún ofrece gran analogía con el embrión del mono, del perro, del conejo ó de otros mamíferos (1). Bæer conservaba en alcohol dos pequeños embriones, cuyos nombres no había escrito. Más tarde, á pesar de su gran competencia, le fué imposible distinguir—tan grande era la semejanza de la formación de la cabeza ó del tronco—á qué clase pertenecían, si eran lagartos, aves ó jóvenes mamíferos (2). No contradecemos los hechos, pero sí la conclusión que de ellos quiere deducirse. Á nuestro entender, para que tuviesen un valor absoluto, se necesitaría que el hombre pudiera convertirse indistintamente en hombre ó en mono, en perro ó en conejo. Como esto no sucede, fuerza es admitir que, desde el principio, el embrión, la célula misma, primera forma del embrión, posee aptitudes que la ciencia es impotente para descubrir, que escapan, que escapan siempre probablemente, al escalpelo y al microscopio.

Igual contestación es aplicable á las metamorfosis que diariamente se efectúan á nuestra vista. Sir J. Lubbock (3) cita cuatro gusanos que parecen formados en un mismo molde, tan grande es su parecido, y, sin embargo, uno de ellos se convierte en miriápodo y los otros en escarabeos, himenópteros y mariposas. Pero desde su humilde comienzo, la transformación de esos gusanos, su destino, si podemos expresarnos así, lo fija una ley inmutable; no pueden convertirse indiferentemente en mariposas ó abejas, escarabeos ó miriápodos, y las me-

(1) Hæckel. *Antropogenia ó Historia de la evolución humana*, trad. de Letourneau. París, 1877.—Una lámina reproduce los embriones del hombre, del mono, de la tortuga y del pollo al cuarto día. La identidad parece absoluta. Hasta el segundo mes no van acentuándose más y más las diferencias, leves en un principio.

(2) Citado por Darwin, *loc. cit.*, pág. 462.

(3) *Origen y metamorfosis de los insectos*, pág. 102. Láms. I, II y III.—Blanchard (*Metamorfosis, costumbres é instintos de los insectos*, pág. 267) contradice el hecho citado por Lubbock. «Mariposas casi semejantes tienen orugas que ofrecen particularidades distintivas muy manifiestas.»

tamorfosis que se aducen en favor de una tesis distinta, prueban, por el contrario, la fijeza de las especies.

Las doctrinas que se pregonan hoy como la última palabra del progreso científico no son nuevas. Los budhistas han creído siempre en la eternidad de la materia. "Nada nace, nada muere, decía el filósofo Anaxágoras, discípulo de Anaximeno de Mileto; no hay en todas partes más que composición y descomposición; cada cosa vuelve á lo que fué y el fondo de la naturaleza no cambia nunca." Según Aristóteles (1), hay animales producidos por otros animales, á los que su forma común coloca en el mismo género, y los hay que nacen sin ser producidos por animales semejantes. Enojoso é inútil resultaría seguir á través de las edades la investigación y filiación de esas ideas. Siempre han tenido ilustres intérpretes Bacon (2), después Linneo (3), Buffon en cierto momento de su carrera científica (4), luego Diderot, Helvecio (5), Goethe (6) y Geoffroy-Saint-Hilaire (7). Apenas merecen citarse las peregrinas concepciones de Maillet (8) y de Robi-

(1) *Historia de los animales*, libro V.

(2) *Sylva silvarum sive Hist. naturalis*. Amstel, 1648.

(3) *Amenitates Academicæ seu Dissertationes variæ physicæ, medicæ, botanicæ*. Lugd. Batav, 1749-1769.

(4) *Historia natural*, tomo IX.

(5) *Verdadero sentido del sistema de la naturaleza*. Londres, 1774.—Este tratado se publicó después de haber muerto Helvecio.

(6) *Ensayo sobre las metamorfosis de las plantas*. Gotha, 1790.

(7) *Filosofía anatómica*. París, 1818.—*Consideraciones y relaciones nuevas de osteología comparada*. París, 1823.—Geoffroy-Saint-Hilaire fué el primero que indicó que los animales extinguidos que da á conocer la paleontología son los antepasados de los animales que actualmente viven. Creía que la acción del medio era la única causa que motivaba los cambios que experimentan los organismos, y ponía como ejemplo una modificación en la composición química de la atmósfera. (*Sobre el grado de influencia del mundo ambiente en la modificación de las formas animales*, Memorias de la Academia de Ciencias de París, tomo XII.)

(8) *Telliamet, ó conversaciones de un filósofo indio con un misionero francés sobre la disminución del mar, la formación de la tierra y el origen del hombre*. Amsterdam, 1748.

net (1), aunque Quatrefages (2) se haya tomado la molestia de refutarlas.

Justo es, sin embargo, decir que Robinet fué el primero que estableció claramente el encadenamiento genético de las formas animales. "No hay más que individuos, escribía, y no reinos, clases, géneros ni especies." Lamarck, con su ciencia incontestable, dió cuerpo á esta doctrina (3). Proclamaba la unidad del reino animal, fundándola en la variabilidad de la especie, en el cambio indefinido y continuo. Entiende que el desarrollo y fuerza de los órganos están en razón directa de su uso: cuando éste es constante, aumenta la fuerza de los órganos; si falta, se empobrecen y atrofian. Las menores modificaciones, en fin, acumuladas de generación en generación, bastan para producir los cambios más variados y notables. Todavía va más lejos Lamarck: "La producción, dice, de un nuevo órgano en un cuerpo animal resulta de una nueva necesidad que continúa haciéndose sentir y de un nuevo movimiento que la necesidad origina y mantiene." Afanándose de continuo la girafa por alcanzar la copa de los árboles elevados, alárgase su cuello con sus esfuerzos incesantes, y transmitiéndose por herencia la favorable modificación obtenida de esta suerte, aumenta con cada generación, sujeta á iguales necesidades que las anteriores. Puede suponerse que un cefo, cuyas vértebras coccígeas eran más numerosas que las de sus congéneres, aprovechándose de esta anomalía, transmitió á sus descendientes un poderoso prendedor en la cola. Explícase el desarrollo de la lengua del picoverde ó del hormiguero por su manera de alimentarse, y la pequeñez de las extremidades toráci-

(1) *Consideraciones filosóficas sobre la gradación natural de las formas del ser.* París, 1768.

(2) *Carlos Darwin y sus precursores.*

(3) *Filosofía zoológica.* París, 1809.—*Introducción á la historia de los animales sin vértebras.* París, 1815.—Darwin cita veintiocho naturalistas ingleses, alemanes ó franceses, que sostuvieron antes que él teorías análogas á las que él ha dado nombre.

cas del canguro por su modo de andar á saltos. La costumbre de saltar, extendiendo fuertemente los miembros, determina la formación de las alas del murciélago. Por la natación adquirieron las aves acuáticas sus pies palmeados; á fuerza de no querer mojarse, se alargan las patas de las aves de ribera. Nacen tentáculos en la cabeza de los caracoles adultos por la influencia del deseo y el esfuerzo habitual, su lógica consecuencia. Estas teorías son las mismas de Diderot (1); también él aseguraba que la organización determina la función, que las necesidades influyen en la organización y que dicha influencia puede, no sólo transformar los órganos, sino hasta producir otros nuevos.

No es dable sostener esto último; el uso, la costumbre y la necesidad no pueden crear órganos nuevos; mas la observación enseña que los órganos existentes pueden, como opinaba Lamarck, atrofiarse por su total falta de empleo. Los batracios hallados en las aguas subterráneas de la Carniola, los peces de la caverna del mamuth en Kentucky, los extraídos de las profundidades oceánicas en recientes exploraciones, los coleópteros carniceros de las grutas profundas de los Pirineos y del Ariège, y en ciertas hormigas, las obreras que no salen nunca de su retiro, carecen de vista. Pero esos peces é insectos ciegos ¿pertenecen á las mismas especies que sus congéneres que disfrutan de vista? Blanchard (2) los considera como especies distintas; es difícil, observa, que el naturalista acepte su comunidad de origen. Siempre tropezamos con el abismo que separa á las dos escuelas.

Aseguran que el *apteryx*, ave de Nueva Zelandia, perdió las alas porque, no encontrando enemigos, no

(1) *De la interpretación de la naturaleza*. París, 1754.

(2) *Vida de los seres animados*, págs. 31, 33 y 112.—El sabio escocés Sr. D. A. Murray presenta una serie de observaciones muy curiosas tocante á los insectos que pasan la vida en la oscuridad y que carecen de ojos.

había menester del vuelo para librarse de ellos. Fácil es contestar citando al avestruz. ¿Por qué este animal, que habita en un gran continente, donde huye de sus perseguidores corriendo rápidamente y agitando sus alas rudimentarias, no ha conseguido que se desarrollen éstas, que tan útiles le serían? Pero porque no se hayan desarrollado las alas del avestruz, ¿debe deducirse que las del *apteryx* no se han atrofiado? La objeción no tiene, por lo tanto, el alcance que se pretende darle.

Acabamos de ver que las diferentes teorías acerca de la variabilidad y del origen de las especies se han sostenido con resonancia en todas las épocas; pero producían escasa impresión y no reclutaban más que corto número de adeptos. ¿Á qué se debe su extraordinario buen éxito en nuestros días y el delirio que provocan?

*Omnia enim stolidi magis admirantur amanti,
Invorsis quæ sub verbis latitantia cernunt;
Veraque constituunt quæ belle tangese possunt
Aureis et lepido quæ sunt fucata sonore (1).*

Estas palabras del gran poeta serán verdad eternamente; pero á la razón que da hay que añadir otra más poderosa. En el trastorno de la sociedad moderna, en medio del desorden de ideas que entristecidos presentamos, alcanza el orgullo humano proporciones antes desconocidas. La ciencia háse hecho más dogmática é imperiosa que lo fuera nunca la religión. Cuenta millares de adeptos que hablan enfáticamente de la ciencia moderna, sin que á menudo conozcan ni una palabra de la misma. Nos equivocamos; se les ha enseñado que la ciencia moderna era la negación de la creación, la negación del Creador. Dios es del antiguo régimen, la idea de su justicia abrumba nuestras conciencias enervadas.

(1) «El vulgo ama y admira las ideas que se ocultan bajo términos equívocos; acepta como verdadero cuanto llega á sus oídos y cuanto se adorna con palabras armoniosas.» (Lucrecio. *De Rerum natura*, lib. I, 642-645.)

Acéptase sin reflexión y se aplaude resueltamente todo cuanto parece inducir á que su acción se tenga por una hipótesis no probada. Sin embargo, Darwin, cuyo importante papel vamos á referir, no llegó á negar la existencia de Dios. Á la vista tenemos una de las últimas cartas que escribió, en la cual hay este significativo párrafo: "En mis dudas más exageradas, nunca he sido ateo, dando á entender con esto que nunca he negado la existencia de Dios,, (1).

Poco nos importan los sentimientos íntimos de Darwin: lo que deseamos conocer son los argumentos nuevos que aduce en apoyo de las viejas teorías de Diderot y de Lamarck (2). Á decir verdad, no encontramos más que dos, la selección natural y la lucha por la vida (*the struggle for life*). La lucha por la vida concluye con el aniquilamiento de las especies existentes; la selección natural produce la variabilidad de las especies. La transformación lenta de los organismos es resultado de las distintas influencias que sufren los seres vivos en la naturaleza, y las particularidades individuales que así adquieren, transmitidas por herencia y fijadas por el tiempo, acaban por formar especies nuevas, si es que, en medio de tan incesantes variaciones, puede conservarse el nombre de especie.

No cabe duda de que, desde el origen del mundo, persiste la lucha de los seres. Nuestro globo es, ha sido y será siempre un campo de batalla, sin tregua y sin perdón, en el cual vencen la fuerza, la astucia y á menudo también el azar solo. Pero el Creador ha dotado á los seres más débiles y menos protegidos de fecundidad inagotable, que asegura su conservación. Gaudry sostiene esto con su gran autoridad en lo que toca á las

(1) Carta dirigida al Rev. J. Fordyce (*Evening Standard*, 22 de Octubre de 1883).

(2) Las dos principales obras de Darwin son: *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*. Londres, 1859.—*The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. Londres, 1871.

edades geológicas (1). “Las notables desigualdades que se advierten en el desarrollo de los seres, dice, no confirman en modo alguno la idea de una lucha por la vida, en la que la victoria sea patrimonio de los más robustos y mejor dotados. Por el contrario, los más especializados y más fuertes en su género son los que primeramente se han extinguido.” “La lucha entre individuos, responde Duval, no es más que una parte de la lucha por la existencia; comprende también las condiciones del medio y la resistencia al frío y al calor, á la sequedad y á la humedad; consiste en los medios de resistir á sus enemigos y de ocultarse á ellos,” (2). Tomando los mamíferos por ejemplo, ¿puede decirnos el Sr. Duval, en el sistema que preconiza, qué condiciones biológicas, qué condiciones de medio, si prefiere esta palabra, han ocasionado la destrucción de ciertas especies y la conservación de otras, sobre todo—como observa atinadamente el Sr. Gaudry—cuando acontece que las especies mejor dotadas son las que han desaparecido, y sobreviven, por el contrario, los seres más imperfectos, los organismos más inferiores?

¿Resuelve la selección natural de modo más aceptable los grandes problemas en cuya presencia nos hallamos? Darwin, con la lealtad que le distingue, es el primero en declarar que aquélla, por sí sola, no explica la creación de un órgano nuevo (3). ¿Puede explicar siquiera la variabilidad de las especies? ¿Puede probar que las razas son especies en vías de formación? El lector juzgará.

Fundándose en las variaciones producidas por la acción del hombre, pone de realce el gran naturalista inglés el papel de la selección. Mediante la inteligente

(1) *Loc. cit.*, pág. 298.

(2) *El Transformismo* (*Revue d'Anthropologie*, 1885, página 196).

(3) De Quatrefages. *Acad. de Ciencias*, 1884, 1^{er}. sem., página 1.221.—Anteriormente había establecido luminosamente Quatrefages la distinción entre variabilidad y mutabilidad de la especie.

elección de reproductores que posean en el mayor grado posible las cualidades ó la conformación apetecidas, elección que prosigue en larga serie de generaciones, logra el hombre importantes modificaciones. Si se examinan el buey de Durham, el cerdo de Berkshire y el caballo *pur sang*, y se comparan con los tipos originales, asombra la distancia que los separa. Darwin ha hecho experimentos de selección natural con las palomas. Las variedades, que son en número de 150, dice, descienden todas de la paloma montés ó silvestre (1). Presentan dichas variedades diferencias verdaderamente extraordinarias en el esqueleto, sistema muscular, plumaje, en las costumbres y en el modo de volar, por ejemplo. Pero las razas aparentemente más distantes relaciónanse entre sí por intermediarias y sus uniones son fecundas. Estos hechos, muy interesantes, demuestran lo que puede la acción del hombre, la cual ha de ser directa y continua. Se ha tratado de mejorar las razas bovinas ó caballares que viven libres en las pampas de la América del Sur ó en las estepas de Rusia, introduciendo en los rebaños robustos toros andaluces ó vigorosos caballos padres ingleses; el intento, varias veces repetido, ha resultado infructuoso.

Cualquiera que sea, por otra parte, el poder del hombre, pronto llega á su límite. Puede, merced á una atinada elección entre individuos de la misma especie, crear variedades, dar origen á razas nuevas; pero no ocurre lo mismo si se vale de especies distintas. Numerosos ensayos se han hecho; las uniones, aun entre las especies morfológicamente más parecidas, son casi siempre estériles (2), y en los casos más favorables la

(1) *Columba livia* de los naturalistas.

(2) Godron. *La especie y la raza en los seres organizados*.—Tanto más notable es esta esterilidad cuanto que parece que la fecundidad aumenta con el mestizaje. Justo es añadir que Darwin entiende que la infecundidad no establece una línea de separación bien marcada. Nosotros, por el contrario, creemos que es la más clara de las distinciones entre las especies.

fecundidad cesa á la tercera ó cuarta generación. Tan sólo los lepóridos, procedentes de la liebre y del conejo, persisten durante cierto número de generaciones, pero para volver, por último, á una de las especies originarias, por lo que muchos aficionados han desistido de la experiencia al ver el constante mal éxito. Falta entre las especies el enlace fisiológico: de aquí resultan en los híbridos la infecundidad de las uniones, los fenómenos de variación desordenada, el retorno á los tipos originales y la notoria ausencia del atavismo, tan frecuente, por el contrario, en los mestizos (1).

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

(Se concluirá.)

(1) De Quatrefages. *Origen de las especies animales y vegetales* (*Revue des Deux Mondes*, 1868-69).—El atavismo es la vuelta á una forma anterior.





BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL POPULAR ESCRITOR DE COSTUMBRES

DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

(EL CURIOSO PARLANTE)

CONCLUSIÓN (I)

IV

UN AUTÓGRAFO DE MESONERO ROMANOS

No siendo en esta ocasión posible reproducir otro escrito de Mesonero Romanos, se publica el adjunto, formado por la dedicatoria que hizo de uno de sus libros al autor del presente bosquejo biográfico, cuyo recuerdo y atención agradeció y estimó éste en todo su gran valor. Al dar á la estampa las breves frases con los mismos caracteres que brotaron de aquella fecunda pluma, próxima á quedar inerte, queremos evocar un recuerdo del escritor, fotografiando los pensamientos de sus postreros días, cual si deseáramos perpetuar los últimos resplandores de una luz que se extingue.

(I) Véase la pág. 521 de este tomo.

Al Sr. D. Joaquín Ovando
 Director y gerente de la Revista Científica
 Su amigo

El autor

Perdone el lector si hemos dado la preferencia á este escrito sobre otros; pero es un tributo póstumo á la amistad y una memoria á quien nos honró con su consideración y nos enaltecíó con su aprecio. Ofrece también la particularidad de haberse realizado en la última de las obras que dió al público (*Memorias de un setentón*), muy poco tiempo antes de su muerte, con mano nada trémula ni vacilante, á pesar de sus tres cuartos de siglo, obedeciendo á una inteligencia igualmente lozana que en sus lejanos días juveniles. Recordábame con tal motivo una de las quintillas con que termina la obra parodiando á Lope de Vega, y me decía:

«Sólo mi humilde barquilla
 Ante el piélago profundo
 Descansa sobre su quilla,
 Mirando desde la orilla
 El laberinto del mundo.»

V

Reproducimos á continuación el artículo que publicamos en 1881, cuando se dió á luz una nueva edición de la obra á que se refiere.

EL ANTIGUO MADRID, POR D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

El ilustrado editor D. Abelardo de Carlos ha rendido un nuevo tributo á las letras españolas con la publicación del libro cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, ofreciendo por este medio inestimable joya, de recuerdo gratísimo y no borrado en los veinte años transcurridos desde que vió la luz pública la primera edición. Toda obra de Mesonero Romanos, del venerable anciano, gloria de nuestra patria y de la población de Madrid, lleva indeleblemente impreso un sello de originalidad y classicismo, que en vano puede tratar de imitarse, ni le es dado alcanzar á escritor alguno de costumbres contemporáneas.

La minuciosidad de los detalles que consigna en sus obras raya en lo maravilloso; de igual modo que el buen gusto y el sentimiento estético brotan espontáneamente de su pluma con igual naturalidad que el perfume aromático de galana flor, al acaso nacida en medio de los campos.

El Antiguo Madrid ha pasado ya por el crisol de la crítica y recibido la sanción pública, con el no interrumpido aplauso de una generación que se halla hoy en edad muy madura, pero que conserva indelebles en su corazón grabadas aquellas gratas impresiones, mucho más gratas aun cuando la firma de un autor tan estimado como *El Curioso Parlante* viene á recordarlas, á la manera que deleitan nuestro oído los ecos de armoniosa música, siempre que nueva impresión los reproduce.

La obra de que nos ocupamos constituye una serie de citas históricas acerca de los hechos más dignos de fijar la atención pública en la historia de Madrid, dando el lector un instructivo paseo con el autor por las princi-

pales calles de esta población, y deteniéndose en todos aquellos sitios que por algún concepto merecen conocerse sus antecedentes históricos.

Cuán útil ha de ser su lectura, no hay para qué demostrarlo, desde el momento en que se expresa el título, objeto y tendencias de un libro destinado por su índole á ser ávidamente conservado por todo el que se precie de poseer buen gusto literario ó algún interés por conocer las muchas vicisitudes por que ha pasado la capital de España, verdadero corazón, cuyos latidos se reflejan en toda nuestra patria, y cuyas glorias, heroicidades, prosperidad y desventuras las hacen suyas con justicia todos los españoles.

Comienza el libro por una reseña histórico-topográfica de la población de Madrid, tratando la época desconocida: el Madrid morisco; el restaurado; la corte en los siglos XVII y XVIII, para llegar al siglo actual y proceder á la serie de descripciones, que relevan minuciosísimo talento observador y una suma admirable de instrucción, adquirida no solamente con el estudio de numerosos archivos, sino aquilatada en el crisol de un criterio de primer orden, para presentar los hechos de una manera que seduce y encanta á medida que se avanza en la lectura. Parece que los edificios, los monumentos, las calles, los diversos objetos que son descritos en la obra han adquirido vida para relatar por sí los hechos memorables de que han sido testigos, cual si sus moradores hubieran escrito en los viejos muros su propia historia, solamente legible por hombres del talento analítico del autor de que tratamos.

No se crea por eso que el Sr. Mesonero Romanos es un obligado panegirista de la población madrileña, sino el imparcial crítico que, si bien se ha erigido en cantor de sus grandezas, no por eso da al olvido los defectos de que adolece Madrid, señalando los medios de corregirlos.

Los dos recintos murados de Madrid, y después los arrabales, es el orden establecido en las descripciones,

no pudiendo menos de tener honrosa mención la histórica casa de los Lujanes; los edificios en que nacieron Lope de Vega y Calderón, verdaderas reliquias de la literatura; las celebérrimas gradas de San Felipe el Real, legendarios testigos de tantas discusiones; las casas de Quevedo y de Moreto; la sepultura del inmortal Cervantes; el palacio de Monteleón, testigo de la gigantesca epopeya que Daoiz y Velarde sellaron con su sangre en 1808; las casas cuyos nombres han pasado por la tradición de unas en otras generaciones, como son las de Altamira, Osuna, D. Rodrigo Calderón, de Trastámara, de Aranda, Astrarena, de los Cartujos, de Híjar, del Nuevo Rezado, Duque de Lerma, Villahermosa y otras varias.

Algunos edificios menciona, como es natural, que las vicisitudes de los tiempos ó su estado ruinoso han hecho desaparecer, pero que no se han borrado ni deben jamás borrarse de la memoria de todo cronista que aspire á merecer con justicia tan honroso título.

Las más importantes calles de la capital son igualmente objeto de estudio del Sr. Mesonero, algunas de las cuales son dignas de conocerse por más de un título, habiendo servido su historia y sus detalles de asunto á novelistas y poetas, para verter ricos tesoros de inspiración. Sin hacer alarde de molesta erudición, que á veces retrae de la lectura, en libros de esta índole, se encuentran en éste multitud de datos que va insensiblemente adquiriendo el que lee, sin apenas darse cuenta de la instrucción que recibe, y sintiendo terminar una lectura tan amena y erudita al propio tiempo.

En el relato de todos estos asuntos, forzosamente ha de presentarse ocasión de formar juicios críticos acerca de los acontecimientos históricos más notables de nuestra patria, pero lo verifica el autor con tal tino y maestría, que sin faltar á la exactitud, lo practica de un modo que no hiere susceptibilidades personales ni políticas, de cuya candente arena ha sabido siempre apartarse, mereciendo el aprecio de todos sus conciudadanos, y honrán-

dose con su amistad los hombres más eminentes de las diversas y opuestas opiniones políticas que han regido los destinos de España en los últimos cincuenta años.

El escritor de costumbres se retrata fotográficamente en todas las páginas, y así recordamos lo que dice al describir la Puerta del Sol, que denomina con propiedad corazón y núcleo de la vitalidad madrileña, y añade en la descripción de esta plaza: "Cruza brujuleando entre los animados grupos el diligente periodista, abeja literaria que liba en ellos la miel ó sustancia de su próxima gacetilla, el apasionado *diletantti*, el amigo del autor en capilla, encargado de crear atmósfera; el taurómaco que sostiene en su círculo especial, compuesto de *gente crúa*, la importante tesis de la próxima estocada de Cúchares. Todo amenizado con el estridente chillido del muchacho que pregona *La Correspondencia*; del mendigo que os ofrece diez mil duros al contado en un billete de la pasada extracción; del limpiabotas que os arrima el banquillo sin pretenderlo y hace ademán de apoderarse de vuestro pie, etc.," Es, en una palabra, una descripción amena y exacta, sin descender jamás al terreno de lo chabacano.

El lujo editorial de la obra es tan digno cual merece. Puede asegurarse que este libro no envejecerá, siendo leído siempre con igual gusto en todos tiempos, deleitándose en esta lectura, cual si aspirase el dulce aroma de perfumada flor, dotada del singular privilegio de conservarse eternamente con la lozanía y frescura del momento en que apareció á la luz.

Reciba, pues, el Sr. Mesonero nuestro modesto parabién, porque cada edición de sus libros es una muestra de la apoteosis que le tributan las generaciones sucesivas. Feliz él, que puede escuchar los aplausos que le rinde la posteridad, y contemplar siempre verdes los laureles de su corona.

Septiembre de 1881.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.
C. de la Real Academia de la Historia.



EL TEATRO TAGALO ⁽¹⁾

IV

El poeta y el drama tagalo más populares.—*Doña Inés Cuello de garza y el príncipe Nicanor*.—Episodio indispensable para inteligencia del argumento.—Fatal conjunción de tres Pedros *cruels* en la Península ibérica.—Un rey de Navarra... que también pudo llamarse *Pedro*.—Amores del de Portugal con D.^a Inés de Castro.—Asesinato de ésta y venganza de D. Pedro.—Coronación y jura del cadáver.—Extraña semejanza de estos sucesos con los contemporáneos de Castilla.

DOR pobre idea que tenga el lector formada de nuestras antiguas compañías teatrales, de aquellas taifas hambrientas que andaban como gitanos por los pueblos detrás de la carreta, cargada de harapos y palitroques por todo vestuario y decoración, llamándose y dejándose llamar farsantes, representantes y á la postre cómicos de la legua, frase feliz que hicieron popular las novelas picarescas, todavía, sin una operación de resta sumamente embrollada, no ha de llegar, á saltos mortales y rebajando el pensamiento mil y mil veces, desde el primitivo cómico europeo al tagalo de nuestros días, ni aun teniendo muy á la vista el rasguño más ó menos original que hizo del gracioso Juancho *La Ilustración Filipina*.

(1) Véase la pág. 490 de este tomo.

Junta esta pequeñez y miseria que trae consigo el oficio, la cortedad natural de genio, la filosófica resignación que inspira á los indios su inferioridad intelectual y cierta malicia inocente, cierta pueril desconfianza que se enseñorea de todo aquel que se ve preguntado por un *castila* sobre cosas y actos de su vida interna, es la verdad que no hay manera de penetrar los secretos de los bastidores tagalos, ni siquiera de ver algún rayo de luz en aquel embrión, que difícilmente llegará nunca á constituir una atmósfera literaria, un arte dramático, un teatro, en suma, al modo y semejanza que por acá lo entendemos. Los *castilas* más aplanados y calaveras, que por seguir las corrientes de Europa hacen de los cómicos su predilecta compañía, tampoco pasan una línea de aquella superficie de las costumbres teatrales, que por demasiado blanda es también demasiado escurridiza.

De aquí el fenómeno curioso de que ni aun la ayuda de varios auxiliares de éstos nos haya consentido averiguar si poseen obras enteramente originales, inspiradas por su historia, por sus costumbres, por sus preocupaciones indígenas, reflejos, en fin, del propio ser y naturaleza tagala, si bien desde luego lo hemos puesto en duda y casi nos tienta el deseo de asentar la negación como un hecho, en vista de su repertorio teatral, que no ha podido evitar la publicidad desde que hay periódicos en Manila, y en vista asimismo del génesis tradicional del arte aun en aquellas colonias donde la raza indígena anduvo menos lenta y perezosa en asimilarse los elementos rudimentarios de la civilización.

Justamente acaba de ver la luz pública en Santiago de Chile un notable libro dedicado á esta misma investigación (1), y él, no sólo corrobora en el conjunto y en los detalles las opiniones que llevamos expuestas, sino que ha de dar solidísimo fundamento á las que emitamos

(1) *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunategui, individuo correspondiente de la Real Academia Española.—Santiago, Imp. Nacional, 1888.—Un vol. en 4.º

al concluir el examen, que nos cumple hacer ahora, del drama tagalo más característico.

Buscando, pues, en aquel escaso repertorio, ya que no existe una obra de originalidad absoluta, la más popular y con más frecuencia representada, para que nos sirviese de muestra del gusto poético de los escritores tagalos y de su arte para asimilarse las obras y las ideas de los nuestros, la opinión general, la de todas las personas consultadas y nuestras observaciones propias nos llevaron á elegir el drama que más amenudo campea en los carteles de los teatros indígenas, que es el titulado *Doña Inés Cuello de garza y el príncipe Nicanor*, título, por cierto, que no es de los que menos censuras merecen, sin razón, á algunos españoles, incluso los periodistas. Por demás será decir que de su autor, *Honorato de Vera*, que aún anda por las calles de Manila con su gallo al brazo, y todavía compone dramas cuando necesita un peso para sus menesteres del *buyo*, la gallera y el *panguingui*, no pudimos conseguir una entrevista de media hora para consultarle siquiera la traducción que de su drama nos había hecho un escribiente mestizo, que así maneja el castellano como el tagalo.

¡Muestra hemos dicho del gusto poético y del arte indígena!... Tan escasos resultan ambos, como desfigurada ¿qué es decir desfigurada? inconoscible, fenomenal, estupenda, la interesante y legendaria historia de doña Inés de Castro, de aquella reina póstuma de Portugal, de quien tenían en nuestra literatura tantas fuentes y modelos, que lo más arduo de la empresa para cualquier autor dramático estribaba en elegir los peores. Y sin embargo, este difícil acierto no puede negárseles á los tagalos por una crítica imparcial. Honorato de Vera es, desde este punto de vista, un verdadero genio.

Pero antes nos aconseja la justicia lanzar mayor censura sobre aquellos españoles que, echándose las de sabiondos, suelen prorrumpir en exclamaciones y pasmarotadas cuando leen el anuncio de la obra de Honorato

en los carteles del teatro indígena.—“¡Qué motes y qué „vocablos inventan estos indios! ¿De dónde habrán sacado la extravagancia del *Cuello de garza*, que huele á „poesía cursi?„

Pronto vamos á ver que una de las poquísimas bellezas que los autores indios han sabido copiar de la historia, de la tradición y de nuestros monumentos literarios es esa del *Cuello de garza*, poético sobrenombre que efectivamente llevó la desgraciada amiga del D. Pedro *el cruel* lusitano. No más que para refrescar la memoria del lector digamos aquí lo preciso de aquellas fuentes históricas y de aquellos monumentos literarios.

Como si la Península ibérica estuviese predestinada á salir de la Edad Media personificando en tres reyes de temperamento y pasiones análogas el carácter de aquella época de transición, en que la cultura y la barbarie riñeron tan recia batalla, viéronse, al mediar el siglo XIV, Castilla, Aragón y Portugal regidos por tres hombres tan idénticos, que hasta el agua del bautismo la recibieron bajo la advocación del mismo santo, que lo fué el Príncipe de los Apóstoles, aquel humilde pescador de Galilea, tan mudado y tan otro por obra divina que, siendo de carácter débil hasta el punto de haber negado tres veces al Divino Maestro en una sola noche, se hizo fuerte y vigoroso como piedra, para serlo angular de la Iglesia cristiana. D. Pedro I de Castilla fué llamado *el cruel*; D. Pedro IV de Aragón *el ceremonioso y el del puñal*, y D. Pedro, también I de su nombre y VIII rey de Portugal, *el justiciero*, por haber encontrado á buena hora más defensores que ningún otro de sus homónimos, á causa de cierta mayor ejemplaridad y justificación de sus castigos, que iban por lo común en compañía de algunas acciones loables, y de mano liberal y dadivosa, que siempre á los pueblos inspira amor.

Érale frecuente decir que el día que no hacía mercedes juzgábase mal rey; pero en cambio llevaba siempre unos azotes colgados de la pretina, y más de una vez hizo la justicia por su propia mano, según cuentan Duar-

te Núñez de León, Faria y Sousa y otros historiadores graves, si bien no falta quien contradiga el hecho con verdadera pasión, llegando hasta dar por segura la salvación de su alma por atribuirle el milagro de haber resucitado para confesar un pecado que al morir se le quedara, como quien dice, en el tintero.

Pero sea de esto lo que quiera, en realidad á los tres Pedros pudo aplicarse lo que al suyo decía Blanca de Borbón en aquel romance antiguo:

«Pedro te dicen, que el nombre
tiene á piedra semejanza,
y eres más duro que piedra,
pues con sangre no te ablandas.»

Y aún pudiera añadirse á estos Pedros el Carlos que reinaba á la sazón en Navarra, llamado *el Malo* por su perversidad y crueldades, con cuya ocasión dice un cronista de aquel país, que reinaba en aquel tiempo en España "una como epidemia general de reyes malhumorados (1)."

Vengamos al dramático episodio de D.^a Inés de Castro, que es ahora nuestro objeto principal.

Goza fama de verídico y grave Fernando López, primer cronista mayor que hubo en Portugal, y de su *Crónica de D. Pedro I o justiciero* (2) y de las adiciones ó suplemento que le puso el P. José Pereira Bayam al reimprimirla en el pasado siglo, deducimos la relación

(1) *Anales del reino de Navarra*, compuestos por el P. Francisco de Alen, de la Compañía de Jesus.—Pamplona, imp. de Ibáñez, 1766, en gran folio.—Tomo IV.

(2) *Chronica del Rey D. Pedro I deste nome, e dos de Portugal ó oitavo cognominado O JUSTICEIRO. Na forma em que a escreveo Fernao Lopez, primeiro chronista mor deste reyno. Copiada fielmente do seu original antigo dada á luz e acrescentada de novo desde o seu nascimento até ser Rey; e outras accoens e noticias de que seu author nao trata...* pelo Padre Jozé Pereyra Bayam, presbytero do hábito de São Pedro.—Lisboa, na officina de Pedro Ferreyra, anno 1760.—XVI (s. f.) 260 páginas en 4.^o

El interesante suplemento del P. Pereyra comienza en la pág. 201.

más ajustada á la verdad histórica de aquel suceso nunca visto, que, como dice otro historiador portugués, "trastornó las leyes de la naturaleza, haciendo subir á „la mujer amada del túmulo al trono, de la mortaja á la „púrpura, de la ceniza á la corona.,"

Nació D. Pedro en 8 de Abril de 1320, hijo del Príncipe D. Alfonso y de D.^a Brites, que andaban á la sazón enemistados con el rey D. Dionis, por cuya razón ardía en guerras civiles Portugal, y el niño fué como iris de paz en la familia, pues el rey escribió á su hijo: "Sua innocencia e fermosura pedem e alcançao por vos mais „do que soubestes querer., Fué muy temprano desposado con D.^a Blanca de Castilla, niña también y tan enfermiza que el casamiento nunca pudo verificarse, siendo al fin reemplazada por D.^a Constanza, hija de nuestro famoso infante D. Juan Manuel, en 1340, prima, por consiguiente, del príncipe portugués. Tres hijos tuvo este matrimonio: D.^a María, que casó con un infante de Aragón; D. Luis, que murió reciennacido, y D. Fernando, que después fué rey y cuyo nacimiento costó la vida á D.^a Constanza, su madre.

Había traído ésta de Castilla en su servicio á una dama de singular hermosura, entendimiento y honestidad, parienta de ella y de D. Pedro, como hija bastarda que era del señor gallego Pedro Fernández de Castro, por sobrenombre *el de la guerra*, nieto de D. Sancho el Bravo; llamábase Inés Pérez, mas su hermosura y gentileza la dieron pronto en Portugal el poético sobrenombre de *Cuello de garza*. El Infante la amó desde el primer día tanto, que D.^a Constanza pasó su corta vida espiándolos y vigilándolos, aunque, á la verdad, según el P. Pe-reyra, "Ignez... era muy honesta e commedida., Aun así, la infanta, comprendiendo que no era bastante obstáculo el parentesco carnal que entre ellos había, inventó otro espiritual, arbitrio digno de una mujer celosa; y así, cuando parió á D. Luis, quiso hacerla madrina del nuevo infante, á lo que diz se opuso D. Pedro, avisando á D.^a Inés secretamente, por donde los viejos de Portu-

gal, al ocurrir más tarde su tragedia, la creyeron castigo de talpecado. La muerte de D.^a Constanza, recién parida, se atribuyó á este disgusto.

Viudo ya D. Pedro, llevó á *Cuello de garza* á Santa Clara de Coimbra, fundado por su abuela Santa Isabel, y allí debió darle hartas seguridades de matrimonio, pues tuvo de ella cuatro hijos: D. Alfonso, que murió niño; D. Juan, D. Dionis y D.^a Beatriz. La estrella de D. Juan fué el reverso de la de su madre, pues años adelante mató por su propia mano á su mujer, D.^a María Téllez de Meneses, por ambición de otro casamiento que no llegó á verificarse, y del cual dice Faria y Sousa en su rebuscado lenguaje: "Para ser rey mató á su mujer y „porque la mató dejó de serlo (1).„ Refugiado en Castilla, el rey D. Enrique *el dadivoso*, le hizo Conde de Valencia, de quien descienden los Duques de Nájera, casándole con D.^a Constanza su hija bastarda. Esto lo cuenta así la *Crónica* de nuestro rey D. Pedro.

Alfonso IV era muy continente, rara virtud en todas las épocas: entre reyes y poderosos rarísima. Dícese que no conoció otra mujer que la suya propia. Desaprobaba, pues, altamente aquellos amores; hostigaba á su hijo para que contrayese matrimonio, y aun afirma el cronista que alguna vez le preguntó "si era casado „con dona Ignez, porque se o fose a honraria, como sua „mulher, á que era precizo dar authoridade e honra „coma a pessoa que havia de ser Rainha-Porem o infante (tal vez imaginando que seu pay queria saber a verdade, porque se asim fose lha mandaria matar) nunca „confeson ser com ella casado, antes protestaba: *Que nem „o era, nem o havia de ser*. Mas nao se queria apartar de „lla, nem aceitar algum dos casamentos.„ Con esto las intrigas palaciegas tomaban alas para suponer que podía ser asesinado D. Fernando, hijo legítimo del infante

(1) *Epítome de las Historias portuguesas. Primero y segundo tomo. Dividido en quatro Partes.* Por Manuel de Fária y Sovsa.—Madrid, imp. de Martínez, 1628.—En 4.^o

y heredero del trono, á fin de que reinase alguno de los bastardos de Inés, que ejercía sobre su amante una influencia decisiva. También la familia de los Castros, ya muy poderosa en Portugal, podía alzarse con el reino, auxiliada por Castilla.

D. Alfonso, que criaba al niño en la corte con grande amor, y por otra parte desconfiaba de su hijo por lo mismo que él siendo infante había conspirado contra su padre por impaciencia de reinar, decidió al fin destruir aquel obstáculo de sus planes políticos. Un día, que don Pedro había salido á caza, ó á más larga ausencia, según otros autores, que es lo verosímil, partió el rey de Montemayor el Viejo para Santa Clara de Coimbra, acompañado de sus malas ideas y peores consejeros. Inés salió á recibirle á la puerta, bien penetrada de su intención, llevando de la mano sus tres hijos, y tanto le rogó y tantas y tan justas consideraciones le hizo, que D. Alfonso, aunque de condición terrible, „se moveo a piedade „de com ella, e com a sua vista e fermosura, della e dos „trez meninos, e volton arrependido da crueldade que „intentava fazer.”

Pero sus consejeros, Álvaro González, merino (Justicia) mayor del reino, Pedro Coello y Diego López Pacheco, señor de Ferreira, le hicieron tales reflexiones acerca del mayor peligro que ahora corrían la paz y sus propias personas, expuestas á las venganzas del Infante, de D.^a Inés y de su familia, que el rey los autorizó á volver al convento y matarla..... Ejecutáronlo presurosos, y así murió, á puñaladas según unos, y degollada según otros, en 7 de enero de 1355, la mujer más hermosa de su tiempo, „que para ser rainha pouco le faltava de qualidades y nada de merescimientos.”

Por evitar peligros remotos, los asesinos se los proporcionaron á Portugal instantáneos, pues el príncipe levantó inmediatamente contra su padre bandera de rebelión, unido con D. Fernando y D. Álvaro Pérez de Castro, hermanos de D.^a Inés, y con todos los revoltosos y descontentos del reino. Dice la *Crónica* que es-

tuvo á pique de perder el juicio de pena, y el rey viejo no la tuvo menor viendo por su causa repetida la guerra civil que él provocara á su propio padre.

Hecha la paz en 3 de Agosto del mismo año, merced á la intervención de la reina madre y del arzobispo de Braga, firmóse por ambas partes una concordia de aquellas que tan frecuentes como estériles eran en la Edad Media. El rey perdió un girón de su manto real, dando al príncipe jurisdicción y mero y mixto imperio en los lugares por donde anduviese, y perdonando ambos á los que por sus causas respectivas hubiesen delinquido.

Pero ni la concordia ni el juramento que hizo D. Pedro tranquilizaron á su padre, bien penetrado de que no los cumpliría, y así, al morir dos años después, llamó á su lecho á los matadores de *Cuello de garza* para aconsejarles que se pusieran en salvo, consejo que tomaron incontinenti, pasándose á Castilla, *refugium peccatorum* de los portugueses, como Portugal lo era de los castellanos.

Sin embargo, en los primeros años de su reinado apenas dió muestra D. Pedro de recordar su agravio, cosa tanto más notable cuanto que en vida de D.^a Inés era pública creencia que, no sólo había intentado varias veces legitimar á sus hijos, sino que había pedido al Papa dispensa canónica del parentesco que con la *Garza* le unía.

Hasta el mes de Julio de 1561, según el cronista Fernao Lopez, á quien sigue su corrector Pereyra, y la totalidad de los historiadores, no puso mano en este asunto el nuevo rey, es decir, cuando llevaba cuatro años de reinado, tardanza cuya explicación no ha salido á la historia.

Entonces fué cuando en el lugar de Cantanhede, ante su corte y un escribano, juró sobre el Evangelio que, siendo infante, en vida de su padre, hacía unos siete años sobre poco más ó menos, *sin recordar exactamente el día ni el mes*, recibió en Braganza por su mujer legítima, por palabras de presente, como manda la Santa

Madre Iglesia, á D.^a Inés de Castro, hija que fué de don Pedro Pérez de Castro, y que ella le recibió por su esposo y marido con palabras semejantes, viviendo desde entonces en uno maritalmente; que no lo había hecho público por temor á su padre, y ahora lo hacía en descargo de su conciencia, mandando al escribano que diese testimonio de esta su declaración á cuantas personas se lo pidiesen.

“E por entao nao se fez mais,„ añade el cronista, con rara contradicción, pues continúa escribiendo que tres días después se presentaron en la Universidad de Coimbra unos enviados de D. Pedro, y en la cátedra de Decretales llamaron ante escribano á D. Gil, obispo de Guarda, y á Esteban Lobato, criado del rey, á declarar lo que del casamiento les constase. El obispo dijo que, siendo deán de Guarda y de la servidumbre del infante, un día en Braganza le llamó éste á su cámara, donde se encontraba D.^a Inés, y le dijo que la quería recibir por mujer y “sem mais detençaõ dito senhor puzera a maõ „nas suas maos delle e iso mesmo a dita dona Ignez e „que os recepera ambos por palavras de presente..... e „que isto podia haver *sete annos, pouco mais ou menos; „mas que se não acordava do dia e mez em que fora.*„

Esteban Lobato no estuvo enteramente conforme con el obispo, ni tan desmemoriado como él, pues declaró que el deán cogió al infante de una mano y á D.^a Inés de otra y les dijo las palabras sacramentales, y que fué un 1.º de Enero, siete años hacía sobre poco más ó menos.

Con esto los emisarios del rey juntaron á los obispos, abades, nobles, fidalgos y mucho pueblo, así regular como secular, que ya estaban preparados, añade el cronista, y les hicieron una relación semejante á la que se les había hecho á ellos en Cantanhede, añadiendo que en testimonio de verdad iban á oír los que había hecho el escribano Gonzalo Pérez, que estaba presente, así como las declaraciones que habían dado el obispo de Guada y Esteban Lobato, que fueron parte en el casa-

miento; y después de leídos todos estos papeles, añadió el conde de Barcelos ser la voluntad del rey que no estuviese el suceso más tiempo oculto, y por si alguno dudaba que bastasen tales testimonios faltando la dispensa del parentesco, por ser D.^a Inés sobrina de D. Pedro, iba á leerles una Bula que éste había obtenido del Papa Juan XXII, autorizándole para casarse con cualquiera mujer que fuese parienta suya en segundo grado ó en tercero ó cuñada, con tal que no fuera enemiga de la Iglesia. Y, en efecto, se leyó la Bula, que está en la *Crónica*, aunque puesta en duda su autenticidad, porque consta lo contrario de toda certeza; consta que don Pedro solicitó, en vida de su padre, legitimación de sus bastardos (en vez de dispensa matrimonial) y el Papa se la negó en Bula que también se halla inserta en el *Suplemento de la crónica*. Análogas dudas suscita el hecho de no acordarse el rey ni el obispo de la fecha exacta del casamiento, cosa verdaderamente increíble.

También hizo por este tiempo D. Pedro con el Cruel de Castilla un truco horrible, que fué entregarle á ciertos caballeros que estaban emigrados en Portugal, á cambio de los asesinos de D.^a Inés, que estaban emigrados en Castilla; y así pudo matar aquél á D. Pedro Núñez de Guzmán, adelantado mayor de León, á Men Rodríguez Tenorio, á Fernán Gudiel de Toledo y Fernando Sánchez Calderón (1), mientras el Pedro lusita-

(1) La *Crónica* española cuenta esto mismo con alguna variante poco sustancial:

«Otro si debedes saber que algunos caballeros de Castilla, por miedo del »rey, estaban fuidos en Portugal, los quales eran Men Rodriguez Tenorio, e »Ferrand Gudiel de Toledo, e Fortun Sanchez Calderon. (Falta aquí, como se »ve, D. Pedro Núñez de Guzmán). E fué tratado entre el rey D. Pedro de Cas- »tilla e el Rey D. Pedro de Portugal, que cada uno de los reyes entregase al »otro los caballeros que eran asi fuidos en el su regno para facer dellos lo »que quisiesen. E fué asi fecho, e fueron entregados..... E los que esto vieron »tovieron que los reyes ficieron lo que la su merced fué; mas que el tal troque »no debiera ser fecho, pues estos caballeros estaban sobre seguro en los sus »regnos.» — *Crónica de los reyes de Castilla D. Pedro, D. Enrique II, D. Juan I*

no, quebrantando la concordia y juramento que había hecho á su padre, salió á recibir á Álvaro Gonzalez y Pedro Coello, que les entregaba maniatados su sobrino (López Pacheco había podido fugarse, por un verdadero milagro, que cuenta la *Crónica* largamente), y les hacía dar tormento en su presencia misma, “e con queixume „dizem que deu hum azote no rosto a Pedro Coello e „elle (exasperado) se solton entao contra el rey en pa- „lavras injuriosas, chamandole traidor, sin fe, perjuro, „carnicero,„ y aun se resiste el cronista á contar la muerte que les dió, por extraña y cruel, pues á Pedro Coello le hizo sacar el corazón por el pecho y á Álvaro González por la espalda; que teniendo el verdugo poca

y D. Enrique III, por D. Pedro López de Ayala, con las enmiendas del Secretario Jerónimo Zurita y las correcciones y notas de D. Eugenio de Llaguno.— Tomo I, que comprende la *Crónica del rey D. Pedro*.—Madrid, imp. de Sancha, 1779, en f.º menor.

De Núñez de Guzmán hace Ayala capítulo aparte, recontando que, en efecto, fué entregado por los portugueses cuando el truco de los otros caballeros que mató D. Pedro en Sevilla; pero huyó de la prisión, y acogido, al parecer, al castillo de Alburquerque, cuyo alcaide, Sancho Ruiz de Villegas, era amigo suyo, éste le entregó al rey, que también le hizo matar en Sevilla de una manera «asaz fea e crua de contar.»

Por no hallarse en los manuscritos de la *Crónica* las palabras «fuyó de la prision,» anotó este hecho el Sr. Llaguno, poniéndolo como en duña, por parecerle ininteligible que, habiendo sido preso en Portugal, se viniese á Alburquerque; pero á los que conocemos el terreno de aquella frontera nada nos parece tan natural y sencillo. Se escaparía D. Pedro Núñez cuando caminaban los presos á Badajoz, que era el camino para Sevilla, y teniendo en la vecindad á su amigo el alcaide de Alburquerque, allí se acogería hasta ver lo que pasaba con los otros presos, no contando con la debilidad ó la falsía de Ruiz de Villegas, que al ver ajusticiados á los otros por D. Pedro, á impulsos del temor ó la adulación, entregó á su amigo. También es posible que la fuga se verificara en tierra portuguesa, y acosado allí, la necesidad llevara á Núñez de Guzmán á Alburquerque.

Una *Historia* inédita de este pueblo, que nosotros poseemos, escrita por Pedro de Tormes del Pilar Montero, alcaide de su castillo, en 1635, nada dice de estos sucesos, siendo así que recuenta muy largamente algunos poco anteriores, como la confederación y junta hecha en tierra por Badajoz por los bastardos de Trastámara con el señor de Alburquerque para quitar la corona al rey D. Pedro el Cruel y dársela al infante D. Pedro de Portugal.

práctica en tales anatomías, pasaron cosas y cruzáronse palabras entre verdugos y reos verdaderamente horribles. Sus cadáveres fueron quemados delante del palacio, en presencia del rey, que estaba comiendo.

El *Suplemento* de la Crónica, acrecentándola grandemente en este punto, cuenta luego las dramáticas ceremonias de la coronación y traslación del cadáver de D.^a Inés, que ya habían investigado otros historiadores, corrigiendo al conciso Fernán López, que fueron el ya citado Faria y Sousa y el autor de *Alcobaza ilustrada*, fray Manuel de los Santos, que es en verdad el más menudo y pintoresco relator de aquellos hechos, al cual seguiremos nosotros.

Después de los castigos referidos mandó el rey construir en Alcobaza dos sepulcros tan primorosos, que aun hoy son la admiración de propios y extraños, porque “hizo el escoplo en la piedra tan delicada labor como la „aguja en la telay el buril en el oro;” y desenterrando el cadáver de Santa Clara de Coimbra, lo trasladó á aquel panteón real con ceremonias verdaderamente estupendas. “Hum dos maiores acompanhamentos funebres que „lograra á morte, se a morte logra alguma cousa.”

Formábanlo con hachas encendidas todos los pueblos que hay en el contorno de 17 leguas desde Coimbra á Alcobaza, en dos filas, y de Santa Clara había salido, acompañando al cadáver, toda la nobleza y clerecía de Portugal con el rey al frente. Iba el cadáver en unas andas cubiertas de brocado. Abrían la marcha los eclesiásticos á caballo, luego la litera y detrás los obispos de Oporto, Lisboa y Viseo con el abad de Alcobaza, á quienes seguían el rey con su corte, los hombres cubierto el rostro “en disformes y pesados capuces,” y las “nobilísimas matronas e donzellas escondendose em ne- „vadas e liberaes toucas e reláxando a terra as prolixas „pontas das sayas,” (arrastrando largas colas).

Todos los cereros de Portugal habían estado muchos meses labrando velas muy finas á costa del rey, con que las luces se contaron por millares. Á la puerta del

monasterio hizo alto la comitiva, depositando el cadáver hasta el día siguiente, en que después de la misa pontifical, dicha por el obispo de Viseo, lo mandó el rey descubrir y colocar como se pudo en un sillón. Entonces el abad de Alcobaza ciñóle una corona de oro que estaba prevenida y se verificó la extraña y nunca vista ceremonia de besar la mano todos los presentes á la difunta reina. Esto debió ocurrir en los primeros meses del año 1362.

Tal es la historia de D.^a Inés de Castro, que adquirió desde entonces "inmortal fama con aquella fineza tao „amorosa e nunca vista;„ historia en verdad que reunía todos los caracteres y condiciones precisas para hacerse popular, no ya en aquel tiempo, sino en todos, á saber: el amor, la hermosura, la desgracia; y por último, el castigo, que hasta por ser cruel y haber pasado los límites de la justicia humana, respondía mejor á los sentimientos de la época.

Un monarca que da principio á su reinado con la reivindicación de una mujer sacrificada por sus amores en aras de la política, es en verdad un espectáculo conmovedor é interesante. ¡Coronar un cadáver, iluminar el itinerario de su entierro, proclamarla reina de Portugal y hacer con el esqueleto un fantástico besamanos!....

Con menos elementos poéticos se han fraguado leyendas portentosas, y si bien es dable presumir que el pueblo impulsó á los cortesanos del rey D. Alfonso á deshacerse de D.^a Inés, para evitar guerras civiles, no es tampoco dudoso que al verla en tan verdes años y con tan tiernos hijos sacrificada, el mismo pueblo se pusiera al lado de ella contra sus verdugos. Contradicciones y reacciones por el estilo son harto frecuentes en eso que hoy llamamos opinión pública. El abultamiento de las noticias y la candidez de los noticieros y sus oyentes, que tanta parte fueron en las narraciones de la Edad Media, ¡cuánta no tomarían desde luego en leyenda tan cabal é interesante!

Así como los poetas habían desde los primeros tiem-

pos reparado, según nos mostrará después la tragedia *Nise laureada*, en la fatal conjunción de los tres Pedros crueles al mediar el siglo XIV, los historiadores fijaron también su atención, como hemos visto, en la extrañísima coincidencia que los de Castilla y Portugal presentaron casi á un mismo tiempo, declarándose casados legítimamente con sus amigas, haciéndoles honras póstumas y reconociendo y haciendo á los pueblos reconocer su prole como legítima. ¿Hubo acuerdo previo entre ellos para el caso? Parece indudable, porque la coincidencia fué tan absoluta, que hasta los pormenores más nimios de la *Crónica* española concuerdan exactamente con la portuguesa. Óiganse las palabras del Canciller López de Ayala en el capítulo VII del año treceno del reinado de D. Pedro el Cruel, que lleva por título *Cómo el rey D. Pedro dixo en Cortes que fizo en Sevilla como era casado con D.^a Maria de Padilla, e fizo jurar á su fijo D. Alfonso.*

“El Rey D. Pedro, despues de estos fechos, fizo sus „Cortes luego en Sevilla..... E dixo asi ante todos, que „les facia ciertos que la Reina D.^a Blanca de Borbon, la „qual era muerta, non fuera su mujer legitima, por „quanto antes que se desposase con ella se havia despo- „sado por palabras de presente con D.^a Maria de Padilla „e la rescibiera por su mujer; empero por rescelo de que „algunos de su Regno se alzasen, por quanto non que- „rian bien á parientes de D.^a Maria de Padilla,.... que él „non osó decir deste casamiento que oviera con D.^a Ma- „ria, e fuera á Valladolid, e ficiera bodas con la dicha „doña Blanca de Borbon. E decia que él oviera su casa- „miento con D.^a Maria de Padilla antes que casase con „la reyna D.^a Blanca, por palabras de presente, e que „desto ficiera testigos á D. Diego Garcia de Padilla, „Maestre de Calatrava, hermano de la dicha D.^a Maria, „que estaba presente, e a Juan Fernandez de Henes- „trosa..... que era finado, e a Juan Alfonso de Mayorga, „su Chanciller del sello de la poridad e su Escribano, e „a Juan Perez de Orduña, abad de Santander e su Ca-

„pellan mayor, *que alli estaban presentes*, e que se
 „desposara con la dicha D.^a Maria de Padilla, *e la ressci-*
 „*biera por su muger legitima*. E los dichos D. Diego
 „Garcia de Padilla e Juan Alfonso de Mayorga e Juan
 „Perez de Orduña, su Capellan, *que alli estaban*, dijeron
 „*que era verdad, e juráronlo asi sobre los sanctos Evan-*
 „*gelios*. E por ende dixo el Rey..... que aquellos fijos
 „que della oviera eran legitimos..... e fizo ese dia un gran
 „sermon sobre esto D. Gomez Manrique, Arzobispo de
 „Toledo..... E el Rey mandó que de aquel dia en ade-
 „lante llamasen á la dicha D.^a Maria de Padilla *la reina*
 „*Doña Maria*, e al fijo el infante D. Alfonso, e a las fijas
 „las infantas.

„E luego ese dia mandó que todos los del Regno que
 „alli eran e las ciudades e villas por sus Procurado-
 „res..... *oviesen e jurasen* al dicho don Alfonso su fijo
 „por Infante heredero..... E luego ordenó el Rey Per-
 „lados e caballeros e dueñas *que fuesen á Estudillo*, do
 „yacia D.^a Maria de Padilla *enterrada, e traxieron su*
 „*cuerpo muy honradamente á Sevilla*, asi como de Reina,
 „e soterraronla en la capilla de los Reyes, que es en la
 „Iglesia de Santa Maria de la dicha cibdad, *fasta que el*
 „*Rey fizo facer otra capilla* cerca de aquella capilla de
 „los Reyes muy fermosa, do fué el dicho cuerpo despues
 „enterrado.”

Sería inútil pretender averiguar ahora á cuál de los dos Pedros pertenece la originalidad de una idea que indudablemente pudo surgir en ambos por la identidad de sus situaciones domésticas, si bien la del portugués era más clara y honrosa, que ni cometió bigamia, ni se deshizo de su mujer para proclamar la legitimidad de su manceba; pero aquel tratado de extradición, aquel cambio de emigrados hecho tan solemnemente por los dos Reyes en tiempos en que las venganzas y aun los caprichos reales no gastaban miramientos diplomáticos, fuerza á pensar que la lealtad ó la astucia del portugués pudo aconsejar al de Castilla la legitimación de los hijos de D.^a María para quitarle con tan grato consejo toda

prevención, que no le debía inspirar poca un príncipe, á quien se había ofrecido la corona de Castilla por los revoltosos y tuvo sus pensamientos de aceptarla.

Ni parece bastante explicación de tan rara coincidencia histórica la que trae un moderno é ilustre historiador francés, que dice: "Un déspota no da un golpe de „Estado sin que le entren ganas á otro déspota de hacer „lo mismo,, (1).

El carácter de D. Pedro de Castilla no se amoldaba al plagio fácilmente, y el mismo escritor lo reconoce al confesar que era el único príncipe de su tiempo que prefería perder su corona á perder una sola pulgada de su tierra. Esta grandeza de ánimo, que con otras prendas no menores le están valiendo tanta reivindicación en la historia, que ya pasa por moneda corriente la opinión de la Reina Isabel I, que le creía *justiciero, no cruel*, permite sospechar que de él mismo saliera la idea, anticipándosele su sobrino á realizarla, toda vez que su casamiento con la Padilla parece tener más sólidos fundamentos que el del Monarca portugués con la Castro, y así disculpaba también su bigamia, que á príncipe tan cristiano debió de pesar no poco.

Si parecieran las actas ó cuadernos de las Cortes de Sevilla de 1362, destruídas, como tantas otras memorias de aquel reinado, por los partidarios de Enrique el Dardivoso, quizás penetraría algún rayo de luz en las tinieblas que envuelven tan singular acontecimiento.

VICENTE BARRANTES.

(Se continuará.)

(1) *Histoire de D. Pedre 1.^{er} roy de Castille*, por Mr. Prosper Merimee.— París, 1849, en 8.^o—Allí escribe: «En fin cet acte remarquable venant apres »de la fameuse rehabilitation d'Ines de Castro, faite l'année precedente par le »roi de Portugal, pourra paraitre inspiré par un desir d'imitation assez natu- »rel. Un despote ne fait point un coup d'autorité dans ses Etats, qu'il ne don- »ne envie á un autre despote de tenter la pareille.»



LA DIOSA DE LA ALHAMBRA ⁽¹⁾

La mañana está llena de alegría,
De pájaros y rosas,
De perfumes, violetas, mariposas,
Olas de lumbre y rústica armonía.

Feliz la primavera resplandece
Bajo el cielo dorado:
El agua ríe, el campo reverdece,
Canta el céfiro alado,
Quiebra el arroyo su onda cristalina,
Ciñe el verjel su espléndida guirnalda,
El sol besa el paisaje y lo ilumina,
Y, en plena luz, la alegre golondrina
Lanza vivos reflejos de esmeralda.

Todo en esta mañana rutilante
Es venturoso y plácido. Las flores,
Las cascadas, el cielo centellante,
El insecto, la cumbre, la llanura,
Floresta, lago azul, valle, espesura,
Brisas, arroyos, frondas, ruisseñores,

(1) Galantemente autorizados por su autor, el inspiradísimo poeta señor Reina, tenemos la satisfacción de publicar esta hermosa composición, que es-
maltan pensamientos originales y de notable belleza.

Todo, todo murmura
La sublime canción de los amores.

Irisado de esmaltes y esplendores,
Se alza el árabe alcázar, el lujoso
Palacio del placer y los festines,
Cincelado, gentil, maravilloso,
Entre cármenes, bosques y jardines.

El arte y la feraz naturaleza
En retiro tan bello y deleitoso,
Muestran todo su encanto y poesía,
Su gracia y majestad, pompa y grandeza
Á la luz cegadora de este día.

Asombro son aquí de las miradas
Las columnas en pórvido labradas,
Las cúpulas de estaño brilladoras,
Las moriscas arcadas
De azul, púrpura y oro recamadas,
Reflejándose en fuentes bullidoras.

Allí, bajo los árboles frondosos
Que hiere el sol con flechas de diamante,
Arpas atronadoras
Son los roncros torrentes espumosos,
Bruñido espejo el lago fulgurante,
Y la enramada, pródiga en colores,
Imperio de las aves y las flores.

Sobre el mullido césped de amaranto
Ostenta el pavo real su hermoso manto
Bordado de zafiros y rubíes;
Vuela de rama en rama
El jilguero de plumas carmesíes;
Cruza el aire el pinzón como una llama;
La abubilla despide entre las frondas
Magnífico destello,
Y el blanco cisne, de arrogante cuello,
Surca solemne las tranquilas ondas.

Flora, como los pájaros sus alas,
Extiende allí sus opulentas galas.
Abre la rosa fresca y encendida

Sus rojos labios en el bosque umbrío;
 La azucena, cargada de rocío,
 Copa semeja de licor henchida;
 Yérguese esbelto el girasol bravío
 Con su regia aureola;
 Luce el jazmín su cáliz nacarado,
 Sus pétalos de fuego la amapola,
 Y el tulipán sus hojas de brocado;
 La sensitiva irradia y se estremece;
 El nardo joyas de marfil parece;
 Del copudo granado,
 Tendida entre las flores de escarlata,
 La tela de la araña resplandece
 Como una red de plata;
 Flota al aire la obscura enredadera,
 Como rota bandera;
 Da el jacinto sus áureos tornasoles;
 La magnolia triunfante
 Toda es color, pujanza y lozanía;
 Muestra el lirio fragante
 Su túnica de raso y pedrería,
 Y entre el césped fulgura la violeta,
 Como pupila inquieta
 Al través de una verde celosía.

Pero ¡Alhambra! tu flor más olorosa,
 Más pura y delicada,
 Tu pájaro de pluma más vistosa
 Y voz más regalada,
 Tu gloria insigne, tu mejor tesoro
 Es la augusta beldad, la casta diosa
 Que en las nítidas manos de jazmines
 Lleva una lira de oro
 Y vaga por tus bosques y jardines.
 Vedla en esta mañana deliciosa,
 La rubia cabellera desatada
 Y en vivo resplandor la faz bañada.
 Su redonda garganta alabastrina
 Tiene el lánguido y dulce movimiento

De la enarcada azul ola marina,
Que levanta y deprime el raudo viento.
Su figura hechicera,
Envuelta en blanca túnica de encaje,
Deja, al cruzar ligera,
Relámpagos de nieve entre el follaje.

Vedla deslumbradora

Coronada de rayos la alta frente,
Siguiendo el curso de ondulosa fuente
De linfa de zafir y voz sonora.
De sus celestes ojos soñadores
Una lágrima rueda diamantina,
Que arrastra la corriente cristalina
Llena de sol y pétalos de flores.
Y, dominando cantos y rumores,
Del plectro arranca una canción divina,
Á cuyos dulces ecos inmortales
Del palacio oriental, de los raudales,
Del tronco de los árboles ingentes,
De los bosques, florestas y torrentes
Salen ondinas, silfos y nayadas
De ojos reverberantes como estrellas;
Odaliscas de eléctricas miradas;
Paladines, ceñida la armadura
Que despide centellas;
Pajes, reinas de mágica hermosura,
Dueñas con negros mantos, escuderos,
Astrólogos, monarcas, embozados,
Guerreros, monjas bellas,
Heraldos, caballeros
Con chambergo y tizona, enmascarados,
Trovadores, sultanas
Vestidas de tisú, seda y bordados;
Moros, fascinadoras castellanas,
Hosteleros, soldados
De los tercios de Flandes, infanzones,
Ministriles, deidades africanas,
Duendes, gnomos, juglares y bufones.

¡Vedlos pasar! Al frente
de la legión fantástica figura
Galán altivo de ademán valiente,
De seductora faz, pupila ardiente
Y bizarra apostura.

Ostenta primorosa vestidura
Á la usanza gentil de Carlos Quinto;
Lleva pluma en la toca, y en el cinto
Larga espada de rica empuñadura.

¡Vedlos pasar! Detiénense delante
De la diosa del plectro resonante:
Una corona de laurel le ofrecen
Y, cual visión fugaz, desaparecen.

¿Sabéis quién es el hada
Que llena el ancho espacio de armonía?
Es la musa radiante
Del cantor de Toledo y de Granada;
Y la legión errante,
Los héroes que engendró su fantasía:
Soberbias, poderosas creaciones
Que poblarán ¡oh Alhambra! tus salones,
Tus claras fuentes, tu enramada umbría
Y tus viejos moriscos torreones,
Mientras haya en la tierra poesía
Y en los pechos amantes corazones!

MANUEL REINA.

Junio 1889.





LOS MALES DE LA PATRIA

III

MALESTAR DE LA AGRICULTURA

Continuación (1)

Cosa será de dejar para más adelante el examen algún tanto detenido de otros varios males, que no sólo perjudican á la agricultura, sino á todos los demás ramos de la producción nacional; y para terminar lo que referente á este capítulo nos habíamos propuesto decir, reduciremos á muy pocas palabras las indicaciones siguientes acerca de la clasificación de dichos males y de sus remedios más ó menos inmediatos.

Grande será el disgusto del país cuando vea que definitivamente las economías de los presupuestos de gastos se reducen á mezquinas cantidades, muy inferiores á las que se habían anunciado. Ni con 15 ni con 20 millones de pesetas, ¿qué graves problemas se resolverán para sacar de su postración á la agricultura española? ¿Cuándo acabarán de comprender los que cobran hasta qué punto llegan el malestar y la ruina de los contribuyentes que pagan?

Desde que se inició la última información agraria, de sobra se han discutido y puesto de relieve los numerosos y comple-

(1). Véase la pág. 532 de este tomo.

jos males que afectan á la agricultura y los peligros que arrastra el descuido en remediarlos. Hora es de sintetizar todas las opiniones expuestas, de establecer una clasificación de esos males y de trabajar con ardor para que desaparezcan ó se atenúen los que más directamente se oponen al desarrollo de la riqueza pública.

Dejando aparte toda clasificación rigurosamente científica ó filosófica de dichos males, dividiéndolos, por ejemplo, en directos é indirectos, ó en internos que emanan de la agricultura misma y externos que proceden de causas ajenas á ella, agruparemos aquéllos en dos secciones: *remediables é irremediables*, siendo de estos últimos la pobreza de nuestro suelo, la inmoralidad pública, el desbarajuste administrativo, el caciquismo, las emigraciones, el militarismo y la concurrencia exterior. Algo se atenuarían sus efectos si con un poco de energía y de constancia se atajasen los restantes, y en este punto nadie será completamente pesimista, por la muy sencilla razón de que no es posible seguir un paso más por los caminos de perdición que llevamos, so pena de caer muy pronto en espantosos abismos.

Respecto á los males en mayor ó en menor grado remediables, cabe la división de más urgentes y menos apremiantes, según su gravedad relativa, por su tardanza en aliviarlos. Son los más apremiantes la excesiva contribución territorial, la desigualdad de los tributos, las ocultaciones de la propiedad, el impuesto de consumos, la exagerada y ruinosa centralización, el mal estado de los caminos vecinales, la mala división de la propiedad, la falta de riegos y la falta de crédito. Atacando con decisión y orden estos nueve males, se disminuirían también los ruinosos efectos de otros que vienen á ser inevitables consecuencias de ellos.

Si se atiende, en conjunto, á las personas á quienes incumbe aplicar los remedios, dividiremos en tres grupos los males que pudieran conjurarse en nuestros días.

1.º Corresponden principalmente al Gobierno los remedios de los siguientes: la excesiva contribución territorial, la desigualdad de los tributos, el impuesto de consumos, el mal servicio ferroviario, la torpe y larga tramitación de expedien-

tes, la lentitud y el desorden de las obras públicas y la inseguridad en los campos.

2.º Corresponden principalmente al país, más ó menos estimulado por el Gobierno: la falta de espíritu de asociación, el empobrecimiento del suelo, el abandono de las márgenes de los ríos, la usura, el absentismo y las plagas que devoran las plantas y los ganados.

3.º Corresponden por partes próximamente iguales al país y al Gobierno: las ocultaciones de la propiedad, la exagerada y ruinoso centralización, la desnudez de los montes, el mal estado de los caminos vecinales, la falta de riegos, la falta de crédito, la rutina y la ignorancia de las prácticas agrícolas.

Este tercer grupo correspondería casi enteramente al país, si nos hallásemos en el caso de las naciones jóvenes y ricas, y si no existiera entre nosotros una inmensa mayoría de habitantes que todo lo piden y todo lo esperan de los Gobiernos, con cuyo vicio todo se rebaja, todo se paraliza y nada se remedia.

Para expresar brevemente las someras indicaciones que nos proponemos exponer respecto á la regeneración de la agricultura, debemos adelantar las siguientes proposiciones que sin discusión establecemos, cual si fueran axiomas universalmente admitidos:

1.^a Los grandes apuros y la pobreza de la agricultura, unidos á los del Tesoro público, de una parte; el desbarajuste administrativo, de otra, obligan á separar del presupuesto actual de gastos, tal como hoy se distribuye, una cantidad que se ha juzgado insuficiente si es inferior á 100 millones de pesetas.

2.^a Decimos separar y no reducir, porque no se resolverían varios problemas de apremiante interés para la agricultura si esos 100 millones rebajados se destinasen exclusivamente á la disminución de los tributos. En gran parte deberían transferirse para satisfacer los gastos que influyesen en el desarrollo de la riqueza agrícola, del modo más eficaz y de inmediatos resultados.

3.^a Uno de los principales obstáculos para el desarrollo de los intereses materiales, al mismo tiempo que una de las causas más evidentes del desbarajuste administrativo, es la

exagerada y ruinoso centralización; mas por las diversas circunstancias que en el país concurren, sólo es posible acometer la descentralización haciéndola gradual, en asuntos puramente administrativos, ó menos estrechamente ligados con la política, cuales son los que afectan al Ministerio de Fomento, precisamente el más desorganizado de todos.

4.^a Es evidente que tanto más inútiles resultarán los esfuerzos del país cuanto más numerosos y á más asuntos dedicados sean los remedios que se soliciten del Gobierno; y en el comienzo de la grande obra de la regeneración agrícola, una concentración de los recursos aplicados al menor número de males sería más eficaz y más sencilla que la difusión ó dispersión de fondos para centenares de negocios.

5.^a Ofreciendo obstáculos insuperables la rebaja de 100 millones de pesetas en el presupuesto de gastos para el próximo ejercicio, se podría alcanzar esa cantidad en un quinquenio, á razón de 20 millones cada año con relación al anterior, por las partes alícuotas proporcionales que cada departamento ministerial tuviese asignadas en los actuales presupuestos, y sin necesidad de que el Ministro de Hacienda hubiera de examinar por capítulos ni artículos las partidas parcial ó totalmente rebajadas.

Es indispensable, por consiguiente, para la obra colosal de la regeneración agrícola, dividir en períodos tan laboriosa faena, empezando en el primero por combatir los males más apremiantes ó aquellos que llevan aparejados los remedios de otros que de los mismos se derivan.

Primer período. A.—Revisión general de todos los servicios públicos, dejando en suspenso toda provisión de vacantes, todo ascenso y todo derecho pasivo, hasta la rebaja gradual de los gastos en las plantillas de personal y despilfarros de material reducidos en los 100 millones de pesetas por sucesivas amortizaciones de plazas y dependencias inútiles. Ley general de empleados, uniformando con arreglo á ella las leyes y reglamentos de los cuerpos civiles y militares. Reglas para el paso del personal sobrante de unos servicios á otros similares menos recargados de funcionarios.

B.—Reducción, por el total de los 20 millones rebajados en

el primer año, de los derechos de consumos que percibe el Estado en las poblaciones rurales, cuya exacción se hace permanente y definitiva hasta conseguir la regeneración agrícola.

C.—Aplicación al catastro parcelario de los otros 20 millones obtenidos de rebaja desde el segundo año. Reorganización del Instituto Geográfico y Estadístico, llevando á él más de quinientos empleados facultativos que vagan medio ociosos en varias dependencias de Fomento, y que podrían, unidos al personal actual, efectuar dicho catastro en diez ó doce años. Reorganización del Registro de la Propiedad en armonía con las funciones periciales del catastro y para preparar el establecimiento del crédito agrícola en el segundo período ú otros sucesivos.

D.—Subvención permanente de 20 millones de pesetas anuales, obtenidas desde el tercer año, para pantanos y canales de riego, con bases parecidas á las que en otro escrito hemos anotado.

E.—Definitiva y escrupulosa revisión del plan general de carreteras, entregando á los Municipios y á las Provincias todas las obras públicas abusivamente consideradas como de interés general hasta la fecha. Subvención permanente de los otros 20 millones de pesetas anuales obtenidas desde el cuarto año económico para el pago de obras de fábrica de los caminos vecinales, según reglas prescritas de la Junta consultiva.

F.—Repartición de los 20 millones obtenidos desde el quinto año para atender á otros gastos necesarios al desarrollo de los intereses agrícolas, en primer término la repoblación de montes, la defensa de las márgenes de los ríos y la fundación de colonias agrícolas en terrenos actualmente usurpados al Estado y que el catastro parcelario haría devolver á su legítimo dueño.

Segundo período. G.—Venta por el Estado de las fincas descubiertas á su favor por el catastro, después de convertidas en colonias las que fuesen susceptibles de esta mejora.

H.—Cesión del Estado á cada provincia de una colonia agrícola modelo, fundada por el Gobierno en terrenos descubiertos á su favor, sostenida y explotada después con gastos provinciales, destinando sus productos al mantenimiento del

crédito agrícola, si por sociedades particulares todavía no se hallara establecido.

I.—Ordenada y equitativa distribución de la contribución territorial, basada en las rectificaciones de medidas y en la racional clasificación de los terrenos, verificadas por el catastro.

J.—Reducción de los gastos del catastro á su conservación, que pudiera resultar gratuita para el Estado, con los derechos de registro establecidos sobre nuevo sistema.

L.—Aumento gradual de atribuciones á la Provincia y al Municipio, en los asuntos que todavía se sostuviesen indebida ó exageradamente centralizados.

Creemos firmemente, en resumen, que sin una revisión general de todos los servicios del Estado, teniendo por objeto la rebaja en los presupuestos de gastos de 100 millones de pesetas, si la ruina del país no es inmediata, será más dolorosa y más difícil, al menos, la aplicación de los remedios por parte de los Gobiernos que sucedan al que ahora rige los destinos de la patria.

IV

ATRASO DE LA INDUSTRIA Y DEL COMERCIO

Es regla general de todos los tiempos que en los pueblos donde predomina la imaginación sobre la inteligencia las artes industriales y el comercio florezcan menos que en otros pueblos de espíritu más reflexivo y de ánimo más reposado. Por eso vemos en la *fantasía*, el principal defecto de nuestro carácter, la causa originaria del atraso industrial y mercantil de la patria en casi todas las épocas de nuestra historia.

El estado actual de cada país es una consecuencia lógica de sus antecedentes históricos y de los especiales rasgos psicológicos de sus habitantes, producidos estos rasgos por el medio ambiente físico, intelectual y moral á que aquéllos se hallan sometidos. De todo punto imposible es que un país,

por adelantado que sea, eleve á igual altura todas las manifestaciones humanas de una bien entendida civilización; y tan aplicable es á los Estados como á los individuos la división en dos grandes grupos, según su mayor aptitud para las obras del espíritu y para las obras de la materia, lo que no excluye que todas las naciones cuenten á la vez con grandes ingenios en todos los ramos de la actividad humana.

La especial característica de los pueblos donde predomina la aptitud para el desarrollo de los intereses materiales consiste en dejarse arrastrar muy poco de la fantasía. La previsión, el cálculo, el estudio de las ciencias experimentales y de observación embargan principalmente sus sentidos, y siquiera se resientan de un espíritu algún tanto ingrato y egoísta, siempre anteponen la verdad á la belleza.

La especial característica de los pueblos donde predomina la imaginación sobre el raciocinio se traduce por la superioridad del espíritu sobre la materia, de la teoría sobre la práctica, de la belleza sobre la verdad.

Cada uno de estos dos grupos tiene su representación en cada una de estas dos razas que marchan al frente de la civilización actual: la anglo-sajona y la latina. La nación que como Bélgica posee la mezcla de ambas razas, es el país del mundo de mayor densidad de población, donde la instrucción popular alcanza el grado más superior y donde el desarrollo de sus intereses materiales ha llegado á una perfección admirable. Por las mejores condiciones de su suelo y de su clima y por su más céntrica posición en el mundo civilizado, Francia sobrepaja á las dos penínsulas de raza latina en casi todas las manifestaciones de la inteligencia; y sigue España más atrasada que Italia, porque esta última, á pesar de carecer de colonias, tiene condiciones geográficas mucho mejores que las nuestras.

Sin embargo de lo defectuosas que todavía son las estadísticas en todas partes, los datos relativos al comercio exterior son los que mejor reflejan la riqueza de las naciones, deduciéndose sus adelantos industriales de los respectivos artículos que son objeto de su tráfico. En este punto, España ocupa el onceno lugar en la siguiente lista arreglada de las estadísticas

inglesas, en la cual se trasladan en millones de pesetas los valores de importación y exportación de los principales países civilizados:

PAÍSES	Importación.	Exportación.	Total.
Inglaterra	9.665	7.451	17.116
Alemania	5.916	5.965	11.881
Francia	4.943	4.238	9.181
Estados Unidos	3.460	3.515	6.975
Holanda	2.369	2.066	4.435
Australia	1.435	1.266	2.701
Bélgica	1.432	1.241	2.673
Austria	1.079	1.396	2.475
Italia	1.600	798	2.398
Rusia	1.098	1.221	2.319
España	811	722	1.533

La situación relativa de España en el comercio universal es mucho más desfavorable sacando la cuenta de los valores en pesetas que corresponden por habitante; y si hubiésemos prolongado algo más la lista, veríamos á continuación que un país sin mares y sin colonias, como Suiza, que no llega á tener tres millones de habitantes, cuenta con un comercio exterior que pasa de 1.433 millones de pesetas, es decir, casi igual que el de España. Si comparamos, además, el crecimiento anual del comercio exterior de nuestra Península con el crecimiento mucho más rápido que en el último decenio se observa con relación á varios países asiáticos y americanos, se puede afirmar que dentro de otro decenio España habrá descendido unos cuantos lugares en el cuadro general de relaciones mercantiles.

Por otra parte, si se repara en la naturaleza de los diferentes artículos del comercio exterior, se notará que casi todas las naciones europeas que se hallan delante de España, y otras más pequeñas que hemos omitido, exportan del 60 al 80 por 100 de manufacturas, é importan proporciones parecidas de sustancias alimenticias y primeras materias. En España sucede precisamente lo contrario. Nos hallamos en caso análogo

al de las naciones primitivas, cuyas importaciones consisten principalmente en objetos manufacturados y cuyas exportaciones se cifran, en su mayor parte, en primeras materias y sustancias alimenticias. Así se deduce de las notas siguientes entresacadas de la última estadística publicada por la Dirección de Aduanas. En 1887 se exportaron por valores de

Sustancias alimenticias.....	485.452.621
Primeras materias.....	101.882.065
Objetos elaborados.....	134.847.106
	<hr/>
<i>Total pesetas</i>	<i>722.181.792</i>
	<hr/>

Obsérvese, de paso, que si naciones verdaderamente comerciales, como Inglaterra y Holanda, exportan cantidades algo altas de primeras materias es porque éstas, en gran parte, son reexportadas á países que, como España, á pesar de sus colonias, necesitan manos intermediarias para completar sus artículos de consumo. Ello es que los objetos elaborados, sin que ahora entremos á juzgar su mayor ó menor finura comparados con los de otros países, apenas llegan al 19 por 100 del total de la exportación, mientras los extranjeros que se importan alcanzan el 41 por 100, á juzgar por los números que se leen en las páginas 702 y 703 de la estadística del mencionado año. Sumó en valores esta importación la cantidad de 811.211.708 pesetas, quedando sin especificar varios artículos que ascendieron á 204.851.477; y agrupamos las 606.360.231 restantes, según sus clases, del siguiente modo:

Objetos elaborados.....	245.114.873
Sustancias alimenticias.....	172.792.119
Primeras materias.....	141.028.590
Tabaco.....	30.286.940
Ganados.....	17.137.709

Con los grandes progresos de la época, siendo la agricultura el principal fundamento de la vida del país, las múltiples industrias que de ella se derivan nos hubieran procurado á estas horas otra situación mucho más favorable. Pero no lo

da de sí el país. Nuestro genio industrial y mercantil no puede sobresalir por la maldita fantasía de que tanto hemos murmurado. Allá van los grandes talentos de la Nación tras las farsas líricas y políticas; allá van los grandes capitales tras el lucro producido por los pasados desastres financieros; allá nos embobamos todos en los espacios imaginarios con los dulces ensueños de los orientales. Mientras tanto, progresamos á paso de tortuga, agobiados bajo el peso de nuestra coraza de holgazanería é ignorancia; y mientras tanto pueden repetir en todos los idiomas que en España se resolvieron problemas muy singulares, como los siguientes: dados los mejores trigos, hacer el peor pan; dadas las mejores uvas, hacer el peor vino; dadas las mejores olivas, hacer el peor aceite.

Pasaron de 334 millones de pesetas en 1886 y de 281 millones en 1887 los valores de los vinos remitidos al extranjero, ó sean más del 40 por 100 del total de las exportaciones, figurando en el último año citado por las siguientes cantidades en hectolitros:

Vino común	7.970.460
Jerez	263.178
Generoso	94.260

Observemos en primer lugar que las dos clases superiores no llegan al 5 por 100 del total; y en segundo lugar, que comparada la exportación de vinos caros con la media del quinquenio anterior, hay una baja proporcional de otro tanto, que pasa del 15 por 100, si se coteja con la exportación de hace veinte años. Todo el mundo sabe que la casi totalidad del vino común se exporta *en bruto*, como primera materia, para servir de base á la elaboración en Francia de otros vinos que se acomoden mejor al gusto de los consumidores. Los 240 á 250 millones que recibe España por la materia bruta se podrían duplicar, por lo menos, en provecho de nuestro país, con un poco más de inteligencia y de espíritu mercantil; pero entonces no tendríamos el placer de notar en las estadísticas que Francia, con una riqueza vinícola muy inferior á la nuestra y con una importación de vinos de 443 millones de pesetas, puede exportar otros, justamente muy estimados, por los

cuales recibe más de 300 millones. Con algún fundamento 40 millones de franceses pueden brindar todos los días del año á nuestra salud.

Muchas personas muy competentes han tratado y continúan tratando los problemas relativos á la mejor explotación de la riqueza vinícola española. Improbo trabajo cuanto en este asunto se predique. La rutina es invencible; y como si fuese la peor bestia salvaje, no hay fuerzas humanas que la sujeten.

Recurriendo otra vez más á los documentos impresos en la última Información agraria, no podemos menos de trasladar algunas frases del Sr. Martínez Añíbarro, que por tristes que sean, ponen de manifiesto la deplorable situación de la primera de nuestras industrias. Nada nuevo dirán á nuestros eruditos estadistas; pero son de esas verdades que nunca se repiten bastante.

«La elaboración de los vinos—dice (1)—es tan sumamente defectuosa, que no merece el nombre de tal. En todas las clases hay alguna excepción honrosa, y en la vinicultora apenas puede señalarse una docena de casas importantes que conozcan debidamente este negocio; la inmensa mayoría desconoce lo que debe ser la elaboración, empezando por ignorar la naturaleza y condición de la primera materia, la uva.»—«Se cree que para fabricar vino no hay más que coger la uva tal como esté, sin preocuparse de si se halla más ó menos madura, ni de la clase de vino que debe producir, pisada mejor ó peor y abandonar el mosto al azar.»—Advierte más adelante que la fabricación del vino es una industria delicada y más difícil que muchas otras; y en cambio, nuestros cosecheros ignoran hasta dónde llega la fermentación normal y dónde empieza la putrefacción; echan agua ó azúcar á ojo de buen cubero, é ignoran también que más de 150 gramos de yeso por hectolitro es un exceso.

«Se está clamando—añade—por que se abran mercados para nuestros vinos, y yo pregunto, señores: el día en que tengamos que llevar nuestros vinos á otro mercado que no sea el francés, que es el menos exigente de todos, ¿qué vinos les

(1) Vol. VI, pág. 166.

vamos á ofrecer ni á llevar, si no sirven los que tenemos, y aquellos que son dulces no se aceptan ni gustan en los mercados extranjeros?

«La regeneración de nuestra vinicultura, dice además, podrá iniciarse con sencillas reformas, pero luego conducirían á otras más importantes y con ellas al destierro de esa malhadada abundancia de alcoholes industriales impuros. Se trata de una nación donde sobra el alcohol por todas partes y en la que, sin embargo, se ha importado en un año cerca de un millón de hectolitros (1). Esto es vergonzoso.» — «Siendo nuestros vinos tan ricos en alcohol ó en azúcar, y habiendo un medio tan sencillo de mejorarlos como el de efectuar las vendimias para descartar alcohol en vez de añadirle, no debiera omitirse medio alguno de recomendar, fomentar y hasta facilitar esta práctica, una de las que nos conducirían á conseguir vinos ligeros, finos, propiamente de mesa, y no jarabes ó licores disfrazados.»

Opina el Sr. Martínez, como otras muchas personas, que la viticultura y la vinicultura constituyen dos explotaciones completamente distintas y difíciles de abarcar en la generalidad de los casos por un solo propietario, y aboga por que se deslinden ambos campos, reservando al viticultor exclusivamente lo relativo á la producción de la primera materia, la uva, cuestión esencialmente agrícola, y al vinicultor la transformación de la misma, ó sea la preparación y crianza del vino, asunto propiamente industrial-fabril.

No dudamos que estas patrióticas y juiciosas ideas se irán abriendo camino poco á poco, pero con tan penosa lentitud, que escasa mejoría hemos de notar en nuestro tiempo; y otro tanto sucede con la desdichada fabricación de los aceites españoles, que como dijimos en el capítulo anterior, se cotizan en el mercado de Marsella á poco más de la mitad que los aceites italianos y franceses.

A pesar de la abundancia y excelente calidad de los pesca-

(1) La creciente importación de alcoholes alemanes ha tenido de diez en diez años la siguiente marcha: en 1850 entraron 6.368 hectolitros, 92.026 en 1860, 162.422 en 1870, 557.312 en 1880 y 1.020.591 en 1886.

dos, la industria de conservas de las costas del Noroeste se arrastra con languidez, entre otros motivos por la inferioridad de nuestros aceites, que tienen que ser reemplazados, en grandes cantidades, por los de Niza y de Bari.

No pueden menos de salir de detestables cualidades los aceites españoles, pues todo contribuye á su inferioridad. Crecen generalmente los olivos en tierras poco ó nada abonadas, en su mayor parte de secano; se podan con escasa inteligencia; se hace la recolección echando la aceituna abajo á fuerza de golpes, por cuya causa los árboles envejecen antes de tiempo; se arroja el fruto en trojes ó en montones al aire libre durante varios meses hasta que fermenta y tiene el mismo aspecto que el estiércol; se verifica la molienda con lentitud, sin separar la pulpa del hueso, encerrando la masa infecta y negruzca en cachos de esparto, y usando los aparatos más primitivos.

Y si en los dos ramos más importantes de las industrias derivadas de la agricultura nos hallamos en tan lamentable atraso, ¿qué vamos á agregar por nuestra parte á lo mucho que infructuosamente se ha publicado respecto á otros productos de nuestro suelo? Al observar la lentitud con que se introducen en España las pocas mejoras que de año en año se notan, al considerar que la inmensa mayoría de los labradores nada avanzan respecto á lo que se sabía y se hacía en los pasados siglos, volvemos á caer otra vez más en nuestro acostumbrado pesimismo, y ni siquiera nos queda aliento para repetir alguna de las amargas quejas que en los capítulos anteriores hemos expresado.

L. MALLADA.

(Se continuará)





GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

- (5) La carta el buen Fajardo ha desplegado y lo que en ella viene lo ha entendido pesole de ello mucho en sumo grado y muy furiosamente ha respondido decille á nuestro Rey que no ha acertado en eso que por el ámi es pedido porque soy yo muy fiel y buen Cristiano y sirvo al gran Monarca castellano. Yo soy muy buen hidalgo y Caballero y miro por la honrra de mi ley por la que de buen grado morir quiero antes que hacer traicion á tan buen Rey y á esto que ós respondo me refiero pues á ello obligado soy por mi gréy, llevad esta respuesta al de Granada y no me vengais mas con envajada. Los Moros se despiden muy turvados espantanse de aquel Caballero no ven las horas ya de ser quitados de aquel bravoso rostro tan severo: del termino de Lorca son pasados

(1) Véase la página 30 de este tomo.

y aun llevan gran temor por el sendero
piensa pues que tras ellos va Fajardo
varon tan esforzado y tan gallardo.

- (6) Llegaron á Granada sin pararse
por pueblos y caminos sin contento
fueron ante su Rey á presentarse
mostrando en su semblante el descontento
El Rey cuando los vido sin pasarse
les dice ¿se ha cumplido nuestro intento?
No señor responden prestamente
que no quiere Fajardo aquel valiente.
Mostrose de esto el Rey muy enojado
mandó llamar catorce Capitanes
con ellos consultó de lo pasado
trayendo á la memoria los desmanes
que el gran pueblo de Lorca habia causado
al Reino de Granada y sus Guzmanes.
Acuerdan de ir á entrar con grande astucia
al valeroso Reino que és de Murcia.
Porque pese á Fajardo por los ojos
de Lorca han de correr toda la Vega
sacando muy cuantiosos los despojos
pues á darles entrada no doblega,
causando han sobre esto mil enojos
provando su valor con cruda brega
y así con este acuerdo se han salido
seiscientos de acaballo con ruido.

- (7) Un Moro muy furioso denodado
que se llama Alavez de propio nombre
de gente de acaballo és señalado
de todos General de gran renombre,
otro el Albilbar muy esforzado
que es tambien valeroso y muy gran hombre,
el otro Bincó-mijar Moro fuerte
que és mucho mas temido que la muerte.
De todo el gran Ejercito furioso
heran aquestos tres los Generales
marchaba el campo muy gozoso
tocando ministriles y atabales
al campo ban de Lorca tan hermoso
para vuscarles muchos graves males

allegan hacia Vera con cuidado
 y allí tres mil peones han hallado.
 Doblabase el placer y la alegría
 hundíase allí Vera de instrumentos
 el campo marchaba ya con alegría
 á dar á los Cristianos descontentos
 por la costa se van nadie los veia
 y en campo Mula dan malos reencuentros
 vnelven por Alhama y por Molina
 y el valle de Ricote se arruina.

- (8) Saquean muchos pueblos en el Valle
 cautivos son caudillos y ganados
 de que no tienen más ya que quitalle,
 Volvieron hacia Lorca denodados
 piensa el bando morisco á Lorca dalle
 por esta mala vuelta mil cuidados
 mas unos Moros viejos la conocen
 y dicen que con Lorca no retocen;
- (9) Porque si Lorca save de este fecho,
 salir tiene á quitar la cabalgada
 ya saveis que esta es gente de gran pecho
 y para pelear muy esforzada
 y de esto todo el mundo satisfecho
 y sabe de esta gente denodada
 Mejor esto nosotros lo sabemos
 por do propio venimos nos volvemos.
- (10) Los Capitanes dicen muy ardidios,
 por Lorca hemos de ir aunque les pese
 bien escapemos muertos, bien heridos
 que bien sabeis que en esto hay interese:
 nosotros vamos de armas bien guarnidos
 de lanza, fuerte alfange y buen pavese
 todos somos moriscos esforzados
 y en casos de la guerra bien cursados.
- (11) Y pues esto es así como he contado
 de Lorca no temamos cosa alguna
 delante vaya todo este ganado
 y agora no temamos la fortuna:
 todo esto asi fuera concertado
 y nadie en este acuerdo la repugna
 y ansi el morisco bando denodado

por el campo de Lorca se ha lanzado:
 Tomó el morisco bando aquel rayguero
 que dicen de la sierra de Aguaderas:
 hacen pues por allí muy gran sendero
 llevando bien tendidas sus banderas
 ganado allí no dejan ni vaquero
 que todo lo robaban muy de veras,
 Lorca que supo el crudo asalto
 ya causa á la Campaña sobresalto.

(12) Tocan luego arretrato la Campana
 acude el buen Fajardo gran guerrero
 con una fuerza grande soberana;
 bien muestra ser del todo Caballero:
 armase pues la gente muy de gana
 con un valor crecido y muy entero
 los soldados se alistan muy furiosos
 mostrando en su valor ser animosos.

(13) Acuerdan el dejar alguna gente
 que guarde la Ciudad muy valerosa
 quedar no quiere nadie allí al presente
 mas ir á la batalla peligrosa:
 sobre ello hubo acuerdo diferente
 armase la question sobre tal cosa
 Al fin se apaciguo y fue concertado
 que viejos y zagales han quedado.
 Para que si algo adverso sucediese
 despues de haberse roto la batalla
 que hubiese en la ciudad quien defendiese
 Torreones, almenas y Murallas,
 Luego que concertado esto se hubiese
 armados los Cristianos con su malla
 encima de Caballos poderosos
 al campo se salieron muy furiosos.

(14) Murcia en aqueste punto habia llegado
 y Aledo con el mismo continente
 con la gente de Lorca se ha juntado
 y un escuadron se hace muy potente
 la delantera Lorca la ha tomado
 que para ello es Lorca pertinente:
 Atras no quiere ir ni ha consentido
 que delante ella vaya hombre nacido.

- (15) Qualquier pendon tremola muy tendido
 relumbran con el Sol los estandartes
 mostravase el de Lorca mas lucido
 que el ayre lo menea por mil partes,
 este entre los moriscos es temido
 por su valor, victoria y marcial arte;
 y ansi con ordenanza ban marchando
 y en vusca de los Moros caminando.
 Quatrocientos hidalgos de á Caballo
 salieron de tropel, dos mil peones
 gozo y sumo placer daba el mirallo
 el escuadron tan bravo de varones
 al Moro bando quieren atajallo
 esfuerzo lleva mas que de Leones:
 delante todos iba el buen Fajardo
 mostrando en el aspecto ser gallardo.
 Los Moros que descubren la divisa
 de Murcia fiel y Lorca el estandarte
 en el mundo que és sola una fenisa:
 se temen el asalto y crudo Marte
 pero el Moro Alavez alli pesquisa
 á un Quiñonero preso de su parte
 Dirasme la berdad buen Quiñonero
 pues ya se que eres tu buen caballero.
- (16) Aquella tres banderas y pendones
 que salen por alli por la espesura
 ¿de donde son me dí, y los escuadrones
 que tanto en caminar ya se apresura?
 Dime tu, Quiñonero, estas razones
 que aunque preso te hallas por ventura
 libre te he de dejar, cierto sin falla,
 si quedo vivo y benzo esta batalla.
- (17) De Lorca son, responde Quiñonero,
 que alli no viene gente de otra parte
 y aquel que sale agora alli postrero
 de Murcia me parece el estandarte
 y aquel que en orden viene á ser tercero
 de Aledo es ciertamente, y es un Marte,
 Todos pues los Caballos traen furiosos
 y á la pelea vienen muy gozosos.
- (18) Responde alli Alabez muy alterado

muestras en el aspecto ser un Marte
 pero habrales muy poco aprovechado
 la rambla no veran de estotra parte
 y si en aquesto soy tan desdichado
 que pase á esotro cabo su estandarte
 yo digo que los Moros son vencidos
 muertos por los de Lorca y bien heridos.
 El Sol les da en la cara, y esto siento
 que á los Cristianos da muy gran ventaja
 nosotros lo tomemos por tormento
 al tiempo que se trave la varaja
 mas muestre cada cual buen ardimiento
 que todo no lo estimo en una paja.
 Los añafles suenan de una parte
 dé otra las trompetas de Dios Marte.

(19) Despues que los de Lorca habian llegado
 El apellido dan á Santiago:

la rambla de un encuentro la han pasado
 y hacen en los moriscos grande estrago
 del Granadino bando renegado
 todos con saña envisten como un drago
 revuelven la gente de manera
 que no se vé pendon ya ni bandera.

(20) La polvareda sube al alto cielo
 no se ven caballos ni peones
 comienza á resonar ya muy gran duelo
 por medio de los fuertes escuadrones
 de muertos ya se puebla todo el suelo
 caballos salen muchos sin arzones
 ya rueda por el suelo mucha malla
 del todo ya es trabada la batalla.
 Ya empieza el crudo asalto á hacer efecto
 anda ya la batalla con ruina
 de sangre está bañado cualquier peto
 la cota ya se rompe Xazarina
 ya rueda allí cortado el fino almeto
 la espada allí la corta siendo fina
 ya anda muy revuelto el crudo asalto,
 ya muestra el bravo Marte cruel esmalto.

(21) Ya es muerto Abencó-mijar, Moro fiero
 preso queda Alavez, Capitan Moro,

- Fajardo lo prendió, gran Caballero
y esto lo apreció mas que un gran tesoro:
el otro Capitan que és el tercero
por la batalla va como un gran toro
este es Albilbar muy señalado
bien muestra en su valor ser esforzado.
- (22) Rompiendo vá por toda la batalla
á los mas arriesgados socorriendo
bien siente el Moro ya que su canalla
va á manos de Cristianos pereciendo
bien vé que no aprovecha arnes ni malla
que Lorca lo va todo destruyendo
Viendo pues sus negocios tan esquivos
al punto degolló allí los cautivos.
- (23) Visto Albilbar á Alavez preso
que Lorca les va dando bravo Marte
con un temor muy grande y muy expreso
sacó cien Caballeros del devate
bien veis ya, Moros mios, el suceso
les dijo del terrible y gran convate
bien veis ya nuestras huestes destruidas
salvemos nos nosotros con las vidas.
- (24) Así como esto dijo, va corriendo
sus Moros detras dél por no dejallo
y asi estos pocos Moros van corriendo,
y se escapan á uña de caballo
Fajardo que lo supo va siguiendo
tras Albilbar, é intenta el alcanzallo
siguieron los Cristianos el alcance
hiriendo van, matando á todo trance;
Los Moros sin Caballos van perdidos
por mil partes se van descarriados
quedaron muchos muertos, mas heridos
por el campo de Lorca destrozados
muy pocos escaparon escondidos
metidos por la sierra amedrantados
estos llevan á Vera la embajada
de nueva tan cruel y desdichada.
- (25) Salen de Lorca luego las mugeres
despues que reconocen la victoria
llevaron refrigerio con placeres

gozando ellas tambien de esta gloria:
hallaron mil riquezas, mil haberes
que duran hoy dia por memoria
Quedó la gente rica de despojos
muy llenos de plazer y sin enojos.

- (26) A Lorca se tornó toda la gente
huvo poco de muertos y heridos
ellos descansan todos juntamente
de los trabajos grandes ya sufridos
reparten los ganados igualmente
segun en los estados referidos
Quedaron muy contentos y pagados
y con victoria tal mas ensalzados.
Pero Alavez, el Moro bravo y fiero
Capitan muy famoso y señalado
no quiso entrar en Lorca prisionero
y fué forzoso allí ser acabado.
Fajardo Capitan muy gran guerrero
mandó que fuese avierto y fuese salado
los moriscos de Lorca lo pidieron
y en Lorca luego al punto se lo dieron.

- (27) Venciose esta batalla el mismo dia
del bienaventurado San Patricio
celebrase la fiesta todavia
por la merced tan grande y veneficio
porque el vendito Santo en la porfía
asistió á los Cristianos muy propicio
y cada año esta fiesta se celebra
al mismo punto dia que no quiebra.
Despues de ser del todo descargados
de Lorca los cristianos valerosos
notando los negocios ya pasados
ven pues su sugesion los animosos
y que ageno estandarte estan ligados
conocen varones velicosos
por hallarse ya en Lorca mil fronteros
y pasan los de Lorca por sus fueros.

- (28) Los de Lorca se hallaban obligados
á militar debajo el estandarte
de los fronteros mismos alojados
y con ellos salir á qualquier parte:

estos sentian muchos los preciados
 acuerdan los de Lorca entrar en parte
 á donde los fronteros no han entrado
 por lo que el Rey les dé un pendon preciado.
 Acordaron de hacer en una entrada
 un hecho poderoso y señalado
 por do merced del Rey les fuese dado
 de darles estandarte muy preciado
 que Lorca no esté á nadie sugetado
 ni á General ninguno alli enviado
 que vayan de porsí á qualquier parte
 llevando los de Lorca su estandarte.
 Aquesto pues contaron de secreto
 los valientes hidalgos generosos
 cuarenta se juntaron al efecto
 que no quisieron más los velicosos
 corazas aderezan, fino almeto
 como hombres de guerra, y animosos
 Quien son yo los diré en esotro canto
 á do veras un hecho muy despanto.

Ilustraciones de este canto catorceno.

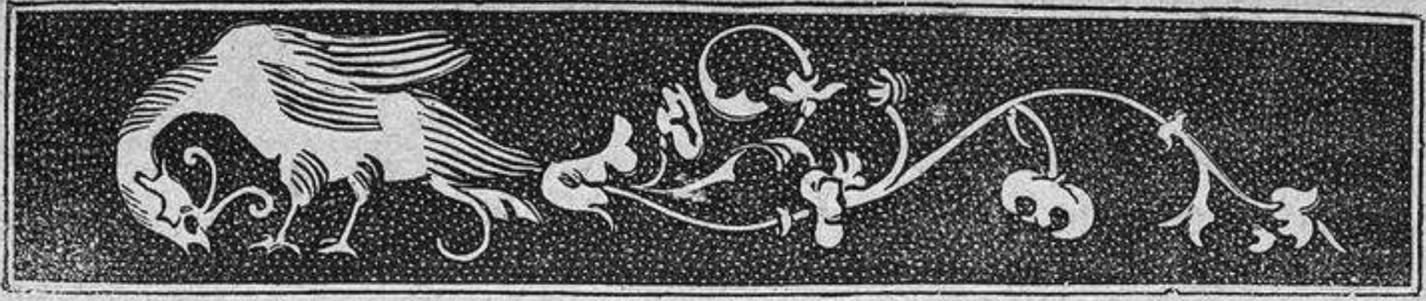
- (1) Esta batalla se dió á dos leguas de Lorca, en tiempo del Rey D. Juan.
- (2) Edad de Plata, Edad de Hierro.
- (3) Embajada del Rey moro á Fajardo, Capitán de Lorca.
- (4) Carta.
- (5) Respuesta de la carta.
- (6) Estos mensajeros tornaron de volver, y Fajardo los mató.
- (7) Alavez, Albibar, Benco-mijar, Capitanes moros.
- (8) Presa hecha por los moros.
- (9) Aviso.
- (10) Orgullo de los Capitanes moros.
- (11) Acuerdo de los moros.
- (12) Ármase Lorca.
- (13) Acuerdo de Lorca.
- (14) Vanguardia de Lorca.
- (15) Estandarte de Lorca, tenido de los moros. Llévelo en esta batalla Diego López de Guevara.
- (16) Pregunta de Alavez.
- (17) Respuesta de Quiñonero.
- (18) Rambla de Viznaga.

- (19) Santiago.
- (20) Batalla notable.
- (21) Muerte de Abencomijar, Alavez preso.
- (22) Muerte de los cautivos Cristianos.
- (23) Huída de Albibar.
- (24) Alcance.
- (25) Victoria de San Patricio; hay razón de ella en el archivo de esta ciudad, y está pintada en uno de los cuadros de su consistorio.
- (26) Despejo de los moros.
- (27) Á 17 de Marzo año 1452.
- (28) Acuerdo de los hidalgos de Lorca.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Últimos ecos del debate parlamentario.

DRETENSIONES infundadas suele abrigar á menudo la prensa política. Todo redactor, más ó menos leído, se llama intérprete de la opinión pública, confundiendo las ideas de una agrupación y hasta los intereses personales con esa opinión tan traída y llevada, que jamás se encierra en las estrechas columnas del abanderado de una parcialidad determinada. De ahí que hablar á cada hora y con cualquier pretexto en nombre de la opinión pública no pasa de ser una de esas inocentes arrogancias, casi siempre de mal gusto, á que se creen autorizados los tribunos vanidosos y los noveles, sin pensar que la opinión pública sólo en mínima parte puede estar representada por los lectores de un periódico ó los oyentes de una composición oratoria que tengan independencia de juicio y criterio propio. La opinión pública queda reducida, en la mayoría de los casos, á un abuso de palabras, sin sentido verdadero, porque, queriendo decir mucho, no dice, en resumen, nada.

No hablemos, pues, en nombre de la opinión pública, sino del sentido común, que es el árbitro supremo. ¿Qué pasa hoy

en el campo de la política española? Á la vista de todos los españoles aparecen dos grandes grupos, perfectamente deslindados en los escaños del Congreso. Por una parte, los antiguos conservadores, monárquicos de siempre, junto á los que aparecen sentados otros monárquicos más recientes, pero monárquicos al fin, decididos y sinceros. Por otra parte, enfrente, capitanea á los suyos el Sr. Sagasta, quien ve co-readas todas las múltiples evoluciones de su gente tornadiza por los frenéticos aplausos de los republicanos, que mayor empeño manifiestan todavía en sostener la necesidad de anular á los conservadores; derrumbar la Regencia y el principio monárquico por medio de un evolucionismo sabio. ¿En cuál de estos dos grandes grupos ha de poner el país amigo de las instituciones vigentes su mayor confianza? ¿En cuál de estos dos grupos encontrará naturalmente la Regencia su más firme y seguro apoyo?

No necesita el sentido común grandes esfuerzos ni largos debates para contestar á las anteriores preguntas y comprender todo el alcance de las terribles acometidas y de las desesperadas resistencias que en una y otra parte de los dos grandes grupos aparecen.

Ahora bien: ¿de qué lado estará la opinión pública? Pero dejémonos de preguntas y respuestas capciosas, con las que sólo pretenden algunos alucinar al vulgo, y declaremos que el sentido común advierte de sobra si son las opiniones de los amigos ó de los enemigos las llamadas á prevalecer en los consejos de la prudencia.

*
* *

Háblese todo lo que se quiera de los peligros de la política conservadora, resulta ya clarísimo que el verdadero peligro está en la continuación de un Gobierno sin más norte que las inspiraciones del Sr. Castelar, elevado por el Sr. Sagasta casi á la altura de institución soberana. Pero se ha abierto un proceso contra la situación dominante, y este proceso abarca toda una serie de problemas, que empezando por la ofensa inferida á la autoridad del Presidente, y siguiendo por

la suspensión de las Cámaras, el consejo dado á S. M. y el cierre de la legislatura, concluye en las nuevas relaciones impuestas á los partidos y en el abandono de aquellos procedimientos parlamentarios que hacen posible la dictadura económica, si es que este Gobierno no lleva su ceguedad hasta pedir la dictadura política.

No bastan injurias, no basta la gritería de ministeriales y benévolo, de fusionistas y republicanos históricos, para impedir hoy que la realidad de las cosas aparezca tal cual es ante el Parlamecto, ante todos los hombres imparciales y aun ante la Corona.

Los últimos discursos pronunciados ante el Congreso no dejan lugar á duda alguna. Todo el gran secreto de la política del Sr. Sagasta estriba en la manía de conseguir triunfos, viviendo de contradicciones y provocando y preparando mañosamente algaradas y motines.

El asunto de la Presidencia del Congreso está juzgado; todos los incidentes de aquellas famosas sesiones que determinaron el fin de la cuarta legislatura, son perfectamente conocidos. Peso y claridad han tenido las vigorosas rectificaciones del Sr. Conde de Toreno y los discursos viriles de los Sres. Romero Robledo y General Cassola, que pusieron acertado correctivo á las agresivas provocaciones de una mayoría sin freno. No queremos, sin embargo, volver sobre los múltiples y conocidos incidentes del debate parlamentario, prefiriendo consignar en esta crónica lo más sustancial de los últimos discursos.

*
* *

Hé aquí un recuerdo del Sr. D. Alejandro Pidal, oportunísimo para evidenciar la famosa fijeza de ideas del Sr. Sagasta:

«Únicamente—dijo el orador,—únicamente cuando el señor Presidente del Consejo de Ministros, queriendo torcer el curso natural de la polémica, en vez de contestar á los ataques que le había dirigido el Sr. Cassola, increpaba á esta minoría, buscando en ella resortes para levantar el áni-

mo de la mayoría que le apoya, hube de permitirme, incurriendo en lo que antes se llamaba prácticas parlamentarias, y que cada día van cayendo más en desuso, hacer una interrupción amistosa al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, interrupción amistosa que el celo excesivo de esa mayoría hubo de tomar como una increpación tan violenta que se arrojó sobre mí con esa verdadera unanimidad en la indignación que suele tener reservada para las ocasiones más solemnes.

»Lo triste es que, en el exceso de su celo, esa mayoría, disciplinada y compacta, no notó que las palabras que yo decía no eran cosecha mía, no eran producto de mi entendimiento, eran simplemente la repetición de las pronunciadas por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, por donde vino á verse qué talento tenía el gran diplomático de los tiempos modernos, cuando aconsejaba á sus subordinados que se precavieran, sobre todo, contra el exceso de celo, porque en esta ocasión resultó que la mayoría, queriendo defender al Sr. Presidente del Consejo, ahogaba en mi boca, con sus protestas, palabras de su señoría.

»Voy á leer las palabras que pronunciaba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros cuando le interrumpí. Decía el señor Sagasta: «Yo creo que el sufragio universal es una necesidad de la política española y que es conveniente para todos y para *todo*; tengo bastante más confianza que el señor Cánovas del Castillo en las *instituciones* que nos rigen, y no abrigo miedo ninguno en entregarlas al sufragio universal, porque sé que en lugar de debilitarlas ha de fortalecerlas.» Entonces fué cuando en medio de fuertes rumores, según dice el *Extracto*, pronuncié yo palabras que la mayoría acogió con protestas. ¿Sabéis cuáles son las palabras que en síntesis compendiosa pronuncié yo, y acogió con protestas la mayoría? Pues son estas palabras del Sr. Presidente del Consejo de Ministros: «¿Por qué me opongo yo al sufragio universal? Pues me opongo porque, tal como lo entiende la escuela democrática española, es *una organización armada contra los altos poderes del Estado*, es una *amenaza constante á todo poder*, y es, por lo tanto, el *enflaquecimiento* y la *degra-*

dación de la monarquía, que los monárquicos no podemos consentir.»

»¿Qué quieren, pues, decir *las protestas* de la mayoría contra estas palabras del Sr. Sagasta dichas por mí? ¿Es que la verdad es una en estos bancos y otra en aquéllos? Pues qué, ¿no es verdad que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, dando ejemplo al Sr. Martos, ¡qué digo dando ejemplo! haciendo mucho más que lo que el Sr. Martos ha hecho en esta ocasión, un día abandonó su sitio y vino aquí á ponerse enfrente del Gobierno que le había designado á los votos de la mayoría, para dirigir sus ataques contra aquel Ministerio, al que deribó, volviendo á ocupar el sillón presidencial hasta la completa muerte de aquel Ministerio, no porque aquel Gobierno hubiera presentado un proyecto de sufragio universal, que S. S., con su elocuencia tribunicia, había calificado de *brutalidad del número*, sino porque anunció simplemente su propósito de traer en su día la universalización del sufragio?

»No era una interrupción hostil á S. S. Yo sabía perfectamente, como sé, que el sufragio universal que se presentó sobre esa mesa y que se empezó á discutir y que no ha podido discutirse por haberse atropellado el derecho del diputado de esta minoría que estaba en el uso de la palabra, no está traído verdadera, esencial y radicalmente por S. S.; porque recuerdo perfectamente que cuando se discutió aquí la universalidad del sufragio, en principio y como promesa, su señoría fué el primero que pronunció estas palabras, y al lado de éstas, otras mucho más graves, en contra de ese principio anárquico y demoleedor, según las palabras de su señoría mismo; S. S. fué el que lo calificó, con frase enérgica y tribunicia, de *escándalo*, y de *vergüenza*, y de *brutalidad del número*, y S. S. fué el que apeló á aquella gran idea que después no ha puesto en práctica desde el banco ministerial, diciendo que el día que las necesidades de la política iniciaran la conveniencia de variar el sistema electoral en lo tocante al censo, tendría que hacerse por medio de una gran transacción en que cupieran todas las fuerzas parlamentarias, y sobre todo, las fuerzas monárquicas, y sobre todo, el partido conservador. No, no ha sido S. S.; no lo fué tam-

co el Sr. Martos; ahí está el discurso que pronunció en aquella sesión memorable; y el Sr. Martos, entonces al frente de una minoría monárquico-democrática, ¿qué hizo?

» ¡Ah, señores! Recordadlo bien; el Sr. Martos decía: «Yo soy el primero que se ha acercado al Sr. Sagasta á pedirle el sufragio universal, como un principio de la escuela democrática, pero á pedírselo con todas aquellas ponderaciones, con todas aquellas compensaciones que la ciencia y la experiencia de consuno quieren dar á esa gran conquista democrática, para que al realizarse no sea el *imperio de la brutalidad del número*, sino las fuerzas vivas de la Nación las que vengan á intervenir con su voto en el Gobierno de la Nación misma.» ¡Ah! no. Yo hago más favor á S. S. en mis interrupciones que la mayoría con sus protestas. Porque yo no quiero que por increpar á esta minoría contraiga S. S. compromisos que no debe contraer. No. Yo sé bien que si este proyecto de sufragio universal está ahí, no lo está por gusto de S. S., sino por culpable condescendencia. Sí, señores diputados; si ese sufragio universal está ahí, no busquéis la influencia que lo trajo en el seno del Gobierno, no la busquéis en el seno de la mayoría, no la busquéis tampoco en el seno de las minorías monárquicas. Allá, en la cima de la montaña, tranquilo, encerrado en su significativo silencio y reposado en su dignidad, se halla el autor, que por cierto siento que en estos momentos no se encuentre presente, se halla el autor verdadero del sufragio universal, tal como le habéis presentado.

» Para deducir esto, no tengo que entrar en el sagrado de las intenciones, no tengo más que venir á deducir esta razón de otras razones, no tengo más que observar atenta y cuidadosamente los hechos. Enfrente de estas observaciones del Sr. Sagasta y del Sr. Martos, vino después un discurso célebre en Barcelona, donde el Sr. Castelar calificó de *monsergas* todas las compensaciones que pedían el Sr. Sagasta y el señor Martos; y en el que pidió la *brutalidad del número*, y en el que pidió el sufragio universal, como lo pudo pedir en los días mayores de su desenfreno demagógico. Y al fin y al cabo, lo que ha venido ahí no es otra cosa más que el sufragio

universal, tal como el Sr. Castelar lo ha impuesto á la mayoría monárquica y al Gobierno de S. M. Esto me duele, señores diputados, más que como conservador, como monárquico, si fuera posible poner antinomias, ni la antítesis, ni aun diferencias esenciales entre semejantes títulos de la política; duéleme en gran manera. ¿Y sabéis por qué? Por una razón que salta á la vista; porque el Sr. Castelar, cuya moralidad política yo respeto, cuya alteza de intenciones respeto también, al fin y al cabo es, como todos, hijo de un sistema, esclavo de sus antecedentes, y sobre todo, del fin que necesariamente persigue y que hace tantos años viene persiguiendo.

»El Sr. Castelar, aun á despecho de su voluntad, lo que busca en este momento es la protección, la realización del ideal, que no es otro para él que la única forma de gobierno que hace verdaderamente efectivos, reales y prácticos todos los principios democráticos. ¡Ah! Con republicanos de aquellos que creían que la forma de gobierno era meramente accidental, cabían relaciones entre ellos y los Gobiernos monárquicos, porque al fin lo que principalmente buscaban era el afianzamiento de los principios democráticos; pero con republicanos que tienen por sustancial la forma de gobierno, como el Sr. Castelar, no caben relaciones ni transacciones entre ellos y los Gobiernos monárquicos, aunque esos Gobiernos se llamen democráticos. No; el Sr. Castelar no podía proclamar el sufragio universal más que como lo ha proclamado siempre la escuela republicana, como la soberanía nacional inmanente que rige y gobierna todo el Estado. Solamente con este fin y por esta causa lo pedía el Sr. Castelar, y la prueba de ello es que siempre declaró el sufragio universal incompatible con la monarquía, y lo pospuso voluntario á la proclamación de la república.»

No tienen réplica argumentos de esta clase.

*
*
*

La verdadera situación de los partidos ha sido expuesta por el Sr. Cánovas del Castillo con la lucidez de su privilegiado entendimiento y aquel admirable modo de su peculiar elocuencia.

Hé aquí sus palabras :

«Si al Sr. Castelar se le preguntara, de caballero á caballero, de buena fe, aunque fuera en la publicidad y solemnidad de esta Cámara, si S. S. interviene en la política actual con sus consejos, con sus sugerencias, con sus indicaciones, estoy enteramente seguro de que el Sr. Castelar no se atrevería, en su lealtad, no se atrevería, en su responsabilidad ante la opinión pública, á negarlo. Esto de que el Sr. Castelar interviene con su autoridad, con sus sugerencias, con sus ideas y con sus principios en la política del actual Ministerio monárquico, es una cosa, digo y repito, que el Sr. Castelar no negará, estoy seguro que no ha de negarla, porque estoy acostumbrado á respetar y respeto mucho todavía la dignidad de su carácter. Y si el Sr. Castelar notoriamente, en esta cuestión que se trata del sufragio universal, ha empujado y precipitado al Gobierno, sin guardar acerca de esto la menor reserva; si el Sr. Castelar le ha impuesto condiciones de todo el mundo conocidas, para que ante todo y sobre todo se ponga á discusión el sufragio; si el Sr. Castelar ha amenazado al Gobierno de S. M. con su poderosa indignación si esto no se hacía; si el Sr. Castelar le ha ofrecido, á cambio de hacerlo, todo su apoyo, como se lo tiene ofrecido, conforme ó no con sus antecedentes republicanos, ¿cómo puede ofenderse el Gobierno de S. M. de que se le diga que está en una comunión de ideas y de principios con el señor Castelar, al menos en las cuestiones fundamentales que en esta Cámara se tratan? ¿Qué es, por otra parte, el Sr. Castelar? Si no es mayoría, como me parece que tiene reconocido, ¿es por ventura minoría? Pues ¿no hicimos todos los que componemos las minorías monárquicas, y que por el mero deseo de mantener incólume la dignidad parlamentaria nos reunimos en cierta ocasión, no hicimos un llamamiento á S. S. para que concurriera á esto, que no era ningún acto de hostilidad, sobre todo desde el principio, que podría serlo, pero que no lo era, y necesariamente se limitaba en los primeros momentos á ver qué se había de hacer, qué se podía hacer en aquel conflicto? ¿No se nos contestó por parte del Sr. Castelar que S. S. no pertenecía á las minorías? Pues

en alguna parte estará S. S.; y si S. S. no pertenece á las minorías, claro es que pertenece á la mayoría; y en este caso claro es que no hay calumnia ninguna, ni siquiera inexactitud en lo que tuve el honor de decir aquí acerca de eso en el día de ayer.»

Declaró luego que no rechazará la coincidencia en muchos asuntos con los hombres políticos que sean monárquicos y no estimen la soberanía nacional como base de las instituciones; así es que un monárquico no será nunca para él un adversario completo, ni mucho menos un enemigo implacable.

«Cuando se hable—añadió—de inteligencias nuestras, siempre será con minorías monárquicas, pues nosotros no buscaremos una elección, ni otro pretexto para coligarnos con republicanos, federales, pactistas y revolucionarios, contra el partido liberal conservador; y el vulgo, ese vulgo de que hablaba ayer el Presidente del Consejo, comprende que toda alianza entre monárquicos y republicanos tiene que ser inmoral, porque una de las partes engaña á la otra. Puede estar tranquilo el Sr. Presidente del Consejo: á los que siempre defendieron el sufragio universal, y después de lo que hemos dicho de esa reforma, no les vamos á pedir ninguna abdicación para aproximar más rápidamente el advenimiento al poder. No sé yo tampoco por qué el Sr. Presidente del Consejo vino á recordar disidencias personales, como si en el partido liberal no se diese el caso de que las relaciones entre el Presidente del Congreso y el Ministro de Estado hayan sido menos cordiales de lo que son ahora; de que no sean ahora las mismas las relaciones del Ministro de Gracia y Justicia con su protector el Sr. Martos; de que bajo el Gobierno del Duque de Tetuán hubiese un levantamiento en Madrid, preparado bien se sabe por quién, y de que al mismo tiempo que el ahora Ministro de Fomento, siendo Subsecretario del Sr. González Brabo, huyese perseguido, al mismo tiempo que triunfalmente entraba en Madrid el señor Sagasta, al lado del General Prim.»

Explica después el orador que al Sr. Martos le ligaba una antigua amistad que, aunque ambos estaban en distintos

campos políticos, no se ha interrumpido ni se interrumpirá porque le plazca al Sr. Sagasta. Estima que éste ha adoptado el sistema de desfigurar los hechos para atacar á sus adversarios, por más que éstos opongan rotundas negativas. Recuerda que el partido conservador ha proclamado á banderas desplegadas la necesidad de medidas proteccionistas como dique á los males de las doctrinas librecambistas, que se propalaban desde 1868.

Pintó también con naturalísimos colores los fundamentos de la benévola actitud de los conservadores desde la llorada muerte de Alfonso XII; examinó á quién se debe el cambio de actitudes; habló de los incalificables ataques á la propaganda legal de los conservadores, ataques cuando menos consentidos por los Ministros.

«Nadie dudará—añadía el Sr. Cánovas,—nadie dudará que bajo la monarquía de D. Alfonso XIII deberíamos tener tanto derecho para exponer nuestras ideas, sin ser perseguidos, embestidos ni escarnecidos, tanto derecho, por lo menos, como el que tienen los republicanos federales y todos los demás enemigos de la Monarquía constitucional. Y no es seguramente por envidia ni por denunciar á nadie, que no hay denuncia donde las cosas son públicas y confesadas altamente; pero nadie ignora que con el espacio únicamente de seis ú ocho días, un hombre de grandísimo mérito como escritor y como orador, y en su género como político, aunque esté tan distante de mis opiniones, el Sr. Pí y Margall, entró en triunfo por las calles de Zaragoza con músicas y antorchas, en un verdadero triunfo romano, y el jefe del partido conservador no pudo realizar muchísimo menos que eso, no pudo entrar sin músicas ni acompañamiento en las poblaciones, aunque acompañado de un número considerable de personajes, sin exponerse á los ataques de la multitud.

»Cuando esto sucede, quizás hay aquí, no os equivoquéis, quizás hay aquí algo que no me es personal; porque ¿qué me importa á mí personalmente el desagrado de los republicanos intransigentes, que sólo trabajan para destruir la Monarquía, que han visto con mucho dolor que la República

fuese destruída, y que consideran que yo tuve alguna parte, porque alguna tuve, no se me puede negar, en el restablecimiento de la Monarquía y en la destrucción de la República? ¿Cómo me ha de herir á mí esto ni me ha de extrañar?

»Y si, por otra parte, podía yo considerar que no tenía méritos ni servicios al país para merecer que nadie me tratase bien y nadie me recibiese con aplauso, ¿tan humilde había de ser yo y tan modesto que sometiera el juicio de mi conducta á las turbas que me asaltaron en Zaragoza y Sevilla? No; aquí no se trata sino de una cuestión política muy grave, que la personal nunca ha existido, y yo no tengo para qué tratarla.

»He dicho ya, y he demostrado, y podría probarlo con citas y nombres, que hemos traído aquí el último debate guardando al Gobierno consideraciones indecibles, inauditas, que le hemos traído cuando al Gobierno le ha venido bien. ¿Qué ha hecho el Gobierno enfrente de nosotros y después de haberle guardado estas consideraciones? ¿Qué ha hecho un Gobierno que acababa de darnos diez y siete días de vacaciones inútiles, que después, por medio de una suspensión de Cortes inexplicable, porque no se podía seriamente creer que se tratara de alejar el presente debate, como con efecto se está viendo que no se ha alejado, ha perdido tantísimos días, que nunca ha tenido prisa para nada, que no ha influído con los individuos de la mayoría para que dejaran de combatir las reformas militares y las dejaran pasar pronto? ¿Qué quiere decir señalarnos un día para el debate económico, querer suprimir el régimen de las alusiones personales, régimen bueno ó malo, pero bajo el cual vive hace muchísimos años esta Cámara; pretender por dos veces declarar la sesión permanente para rendir nuestras convicciones y deshacer nuestros argumentos, no con otros argumentos y otras razones, sino con el calor, el cansancio y la imposibilidad de pasar aquí horas y horas exponiendo ideas?

»De esta suerte se nos atropella; de esta suerte, apelando á ciertos periódicos, y sin respeto ninguno á nuestra posición colectiva ni á nuestra posición personal, se nos trata como no se ha tratado aquí jamás á los Diputados primeri-

zos, que aunque respetables por ser Diputados, porque todo Diputado lo es, no traen aquí ninguna historia ni pueden reclamar ninguna clase de prestigios. Sí, señores Diputados; á nosotros, á todo un partido de nuestra historia, de nuestros servicios, ¿por qué no decirlo? de hombres encanecidos bajo estas bóvedas, y que han dado á estas bóvedas lo mejor de su vida, se nos quiere cerrar el debate, y con míseros sofismas, no empleados jamás, se nos habla de terminar en un día un debate importante; y eso bajo el pretexto de apresurar cosas que no son urgentes; y eso pretendiendo que hay aquí obstruccionismo, cuando, según todos estáis viendo, cada día pasa aquí una ley y cada día pasará con tal de que se trate de una verdadera ley de interés público, y sin necesidad se nos niegan los tres ó cuatro días únicamente que pedimos de discusión para nuestro programa económico, al cual digo y repito que le damos tanta importancia como el Ministerio se la pueda dar al sufragio universal, y se la da el país, por más que otra cosa se pretenda y por más que se cierren los ojos á la luz.

»Entonces, por cierto, y con motivo de ese atentado á nuestra dignidad de partido y á la consideración que siquiera por nuestra antigüedad en estos bancos merecíamos, ocurrió un hecho que nosotros no hemos podido olvidar en los acontecimientos posteriores; ocurrió que nosotros, que al principio creíamos, declaro mi mal pensamiento, que aquella persecución venía del Presidente del Congreso, porque en todas las formas posibles, aunque confidencialmente, se nos había manifestado, y todavía la noche que yo me levanté á protestar aquí contra aquella conducta entendí que luchaba con el Presidente del Congreso tanto ó más que con el Presidente del Consejo de Ministros, nosotros, digo, vimos claro que el Presidente del Congreso, mortificado en su dignidad, escuchando la voz de sus antecedentes liberales, dándole á ese puesto lo que ese puesto merece, informado su espíritu por la grande imparcialidad y hasta por la protección que ha sido costumbre otorgar á las minorías en ese sitio, comenzó á ponerse de parte de nuestro derecho, aunque con grandísimas reservas; nos ayudó, con efecto,

nos ayudó con resolución espontánea á que no se diera el escándalo de que pasáramos aquí sin necesidad ninguna noche en claro, como hubiéramos pasado la noche que me levanté á protestar, porque estaba resuelto á no irme de aquí ni á dejar de discutir, sucediera lo que sucediera.

»De esta suerte se creó entre el Presidente de la Cámara y nosotros una deuda de honor, tanto más respetable cuanto más espontánea y más ajena á nuestras influencias y á nuestros actos había sido; se creó entre nosotros y la Presidencia esta verdadera deuda de honor; y como si todavía hubiera querido hacerse nuestra obligación más estrecha, y obligarnos más á ponernos de parte de la autoridad y de la independencia presidencial, empezaron á levantarse por aquí y por allí voces que le acusaban de traidor por complicidad con las minorías, porque no protegía á la mayoría en sus pretendidas violencias, porque hacía con la minoría conservadora lo que ningún Presidente digno de sentarse en aquel puesto dejará de hacer jamás, lo que harán, por lo mismo, todos ellos; seguro estoy de que lo hará el Sr. Alonso Martínez de igual modo que el Sr. Martos, si llega el caso; por esto se dice que es parcial con las minorías, se dice que desconoce el derecho de la mayoría, porque desconoce el derecho á la violencia donde quiera que se presenta.»

Finalmente, lo que produjo sensación muy honda, según manifiestan unánimemente todas las reseñas de la sesión celebrada el día 27, es, palabra por palabra, la declaración que sigue:

«Ahora, como siempre, cuando el Gobierno de S. M., que es un Gobierno monárquico, aunque no aplique los principios monárquicos tal y como nosotros los entendemos, cuando ese Gobierno necesite de nuestra ayuda para defender la Monarquía y para contrarrestar á los que deben ser parcial y totalmente nuestros enemigos, el partido conservador estará al lado suyo, como al lado de todos, y no se echará por cierto de menos lo que antiguamente se llamaba exageradamente benevolencia y hasta protección.

»Pero no podemos ser insensibles á lo que pasa: nosotros no podemos ser insensibles á las desgracias que se acumulan

sobre la administración del actual Ministerio; no podemos ser insensibles al estado, como nunca miserable y peligroso, de nuestra Hacienda pública; no podemos ser insensibles al estado moral del Ejército, que es tal y tan desdichado como entre nosotros no se ha conocido jamás; no podemos ser insensibles al estado de la riqueza pública, todavía abandonada á la miseria por respeto á sofismas desacreditados; no podemos ser insensibles, en fin, á una situación que no quiero describir largamente, porque ella se describe por sí misma, y porque apenas si hay español que no la conozca y la delate. Lo que tenemos que decir delante de esa situación es que lo que nos impide creer que sea un bien para el Rey, ni para la Regencia, ni para la patria, la continuación del actual Gobierno, es la insensibilidad con que considera todo esto, es que ni siquiera pide ni desea ayuda para vencer esas verdaderas dificultades; y que en lugar de preocuparse como debería de los días tristes que todo el mundo ve, que todo el mundo sabe, que todo el mundo siente que se ciernen sobre la patria, se entretiene todavía en cuestiones relativamente secundarias, y no teme, delante de esa crisis y de esos peligros extremos, ahondar cada día más y hacer más profundas sus diferencias con los partidos monárquicos, contentándose con extender más y más cuanto puede la estéril benevolencia de los republicanos.

»Nosotros no podemos considerar ya que esto deje de ser un verdadero peligro para la Monarquía y para la patria; sea cualquiera el fin que la declaración de estas verdades tenga, ó aunque no tenga ninguno, y SS. SS. puedan consumir su obra, que, á mi juicio, sinceramente lo digo, será una obra de perdición, aun cuando sean otros y no nosotros los encargados de reemplazarles, en todo caso, la sinceridad de nuestros sentimientos exige que altamente digamos la verdad, que altamente digamos ante el país lo que no habíamos dicho, pero que, con efecto, ha sonado la hora de que lo digamos con toda sinceridad.

»Si hemos creído, si yo en especial he creído, contrayendo gran responsabilidad ante los elementos conservadores del país y ante algunos hombres políticos, que debía preferirse á

todo la continuación del actual Ministerio, que debía preferirse á todo que la política liberal durara mucho tiempo, que debía preferirse á todo el que por medio de la duración larga del Ministerio se identificara más y más el partido liberal con la Monarquía; si yo he creído eso y he demostrado mi creencia con repetidos actos, tal conducta me obliga más á decir al país que todo eso ha cesado; y para ser breve y condensarlo en una palabra: que hoy por hoy considero un gravísimo peligro para todos la continuación del actual Ministerio.»

Resulta, pues, que en el banco azul no está ahora un partido. Está una fracción apoyada por los restos de aquella antigua y heterogénea hueste que aparece ya dispersa por los desaciertos de su voluble jefe.

*
* *

Las acaloradas discusiones acerca de los últimos sucesos políticos no han terminado todavía, y sus efectos no podrán menos de ser muy trascendentales.

La continuación del Gabinete Sagasta es un peligro para las instituciones. Así lo declaran los conservadores y todas las más importantes fracciones monárquicas, coincidiendo en un mismo juicio y en la gravedad de las circunstancias actuales hombres políticos de la talla de Cánovas del Castillo, Cassola, López Domínguez, Romero Robledo, Martos y cuantas personas miran y discurren.

¿Á qué nuevo efecto teatral recurrirá á última hora el señor Sagasta? Sabemos que tiene un ingenio prodigioso en inventiva y lleno de recursos escénicos, no pudiendo caber duda á cuantos le conocen que en la actual página de su inconstante y poco escrupulosa vida política falta todavía el *se continuará* de todos los folletines.

A.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

L'éducation morale dès le berceau, par BERNARD PÉREZ.—*Paris. Félix Alcan, editor, 1888. En 4.º, 320 páginas. Precio: 5 pesetas.*

En este libro aplica su afamado autor las observaciones de psicología que expuso en sus dos obras precedentes, *Los tres primeros años del niño* y *El niño de los tres á los siete años*. Opina aquél que la educación moral debe empezar desde el nacimiento, y lo prueba dando muy juiciosos y sencillos consejos acerca de los puntos que siguen: formación de la voluntad y de las costumbres de obediencia, formación de las costumbres morales y del sentido moral, dirección regular que ha de darse á los diversos sentidos, sentimientos personales y sociales, afectos y emociones de todas clases. Tales son las cuestiones de que trata admirablemente Mr. Pérez, dirigiéndose, no solamente á los padres

y madres de la época actual, sino también á la juventud, á los maestros de mañana.

De iguales condiciones materiales, y esmeradamente impreso también por el concienzudo editor Mr. Félix Alcan, es el volumen *Les trois premières années de l'enfant*, del que en pocos años se han hecho en París cuatro copiosas ediciones y se ha traducido á varios idiomas. Con su gran talento de hábil observador, expone Mr. Pérez sus experiencias tocante al desarrollo de las facultades, sensaciones y sentimientos del niño. Va precedida la obra de un magistral estudio del sabio inglés Mr. James Sully, quien pone de realce el mérito de aquélla y la califica de «la más completa monografía.» Dice, además, con sobrada razón, que es un libro «tan útil para los hombres de ciencia como intere-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

sante para la generalidad de los lectores, porque es un trabajo de carácter popularizador.»

* * *

Niñerías, por M. TOLOSA LATOUR. *Prólogo de B. Pérez Galdós.*—Madrid, 1889.—En 8.º, XII-285 páginas. Precio: 3 pesetas.

Libro lleno de sentimiento, inspirado en hermosos ideales de caridad y protección para los niños. Muchas veces asoman las lágrimas á los ojos del lector; muchas veces también se ensancha el corazón con las dulces y conmovedoras narraciones del distinguido médico. Libros como *Cuore*, de Amicis, y *Niñerías*, de Latour, merecen calurosos aplausos. Hoy más que nunca importa que circulen profusamente, para combatir las tendencias de escepticismo que amenazan concluir con toda idea noble.

* * *

Flechazos, por D. RICARDO J. CATARINEU, con un prólogo de don Melchor de Palau, C. de la Real Academia Española.—Madrid, 1889.—En 4.º, 104 páginas. Precio: 2 pesetas.

Después del prólogo muy discreto que el Sr. Palau pone á este precioso tomito de poesías, únicamente nos cumple adherirnos á cuanto en él dice el inspirado vate y sabio ingeniero en justo elogio del autor. Con ser las composiciones del joven Sr. Catarineu muy hermosas por los pensamientos que contienen y por el ropaje que visten, pensamos, como el prologuista, que *Flechazos* ha de tener su más allá.

* * *

El Congreso católico y la libertad de enseñanza, por D. JOAQUÍN SÁNCHEZ TOCA.—Madrid, 1889.—En 8.º, 288 páginas. Precio: 4 pesetas.

Que el asunto de esta obra es de transcendencia suma, no puede negarse; que su autor, persona de clarísimo talento y vasta instrucción, puede tratarlo de manera magistral, imposible dudarle. Siete memorias componen el último libro del ilustre pensador D. Joaquín Sánchez Toca; la simple enumeración de sus temas da á entender su importancia. Helos aquí: *La libertad de enseñanza y el Congreso católico; De los derechos de la Iglesia y el Estado en la enseñanza; Derechos de los padres de familia en la enseñanza; Del monopolio universitario y de la libertad de enseñanza en nuestra legislación; De la intervención é inspección de la Iglesia en la enseñanza oficial y en la enseñanza libre; El magisterio como profesión de la mujer.* Decir que el autor da gallardo testimonio de sus excepcionales prendas en el libro que nos ocupa, sería ocioso, porque los habituales lectores de esta REVISTA há tiempo que le conocen y admiran.

* * *

Jaque á la Reina, por DON JOSÉ M. MATHEU.—Madrid, 1889.—En 8.º, dos tomos de unas 400 páginas. Precio: 5 pesetas.

El Sr. Matheu es un escritor cuya fama se acrecienta con cada nueva obra, porque gana en mérito á la precedente. Así ocurre con *Jaque á la Reina*, interesantísima novela en la que están perfectamente estudiados los caracteres, el enredo es natural y el estilo correcto y elegante. No in-

dicamos el argumento porque lo que importa es que los amantes de los buenos libros cuiden de leer la última producción del Sr. Matheu, de lo cual seguramente no se arrepentirán.



El submarino Peral, por D. JUAN DE MADARIAGA.—Madrid, 1889.—En 8.º, 232 páginas. Precio: 3 pesetas.

El elocuente orador y entendido oficial de infantería de marina señor Madariaga da muchas y curiosas noticias referentes á las primeras pruebas que se hicieron con el submarino *Peral*, á la polémica que aquél mantuvo con *El Imparcial* y á las condiciones de la que acertadamente denomina navegación sublitoral. Reseña, además, los submarinos *Cabanyes-Bonet* y *Mier*, é incluye como apéndices su conferencia acerca del submarino *Peral* en el Ateneo de Madrid y una breve historia de la navegación submarina.



Otras publicaciones.

La casa Sucesores de Ramírez ha repartido el cuaderno 18 de la hermosa obra *La vida militar en España*, con un magnífico grabado que representa una trinchera carlista y otros dibujos con tipos y escenas de la última guerra civil. Barado reseña á grandes rasgos la organización de los carlistas y los episodios más interesantes de la pasada lucha. No menos dignos de aplauso son los cuadernos 10 y 11 de *La Tierra de María Santísima*, también artísticamente ilustrados.

La Revista general de Legislación y Jurisprudencia acaba de publicar el *Código civil español*, anotado y concordado con el derecho vigente. Obra utilísima, que sólo cuesta 5 pesetas.

D. José de Siles, escritor muy conocido, ha coleccionado en un elegante volumen, al que intitula *Gran espectáculo*, 18 artículos, que esmaltan originales y bellos pensamientos, en los cuales artículos dibuja de mano maestra cuadros y escenas matritenses.

Una herencia se denomina la última novela de costumbres contemporáneas, original del fecundo escritor D. Francisco Vila. Hay en ella caracteres bien dibujados y el estilo es correcto.

Los editores Daniel Cortezo y C.^a han repartido los cuadernos 209 á 211 de la obra monumental *España*. Refiérense los tres á la excelente descripción que de Murcia y Albacete hace D. Rodrigo Amador de los Ríos; contienen una esmerada heliografía, dos fototipografías y multitud de primorosos dibujos.

El Dr. Carlos Fabre ha publicado el tomo primero de un notable *Traité encyclopédique de Photographie*. La obra completa constará de cuatro volúmenes de 400 páginas: en ella se darán á conocer detalladamente todos los procedimientos que se usan y se reseñarán las modificaciones que han experimentado desde el origen de la fotografía. Ilustran el cuaderno buen número de dibujos y está impreso con la pulcritud que caracteriza á los editores de París Sres. Gauthiers-Villars.

R.

ÍNDICE DEL TOMO LXXIV

15 DE ABRIL DE 1889

	Fáginas.
El teatro tagalo, por D. Vicente Barrantes	5
El nuevo Código Civil (continuación), por D. Francisco Lastres	18
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	41
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau	55
Felipe II y el Cónclave de 1559 (continuación), por D. Ricardo de Hinojosa.....	68
Las economías políticas, por D. Rafael González	80
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad...	87
Revista de teatros, por Ramiro.....	93
Crónica política por, A.....	99
Revista extranjera, por S.....	106
Boletín bibliográfico.....	110

30 DE ABRIL DE 1889

Origen y desarrollo de la vida en el globo, por el Marqués de Na- daillac	113
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	128
El nuevo Código Civil (continuación), por D. Francisco Lastres....	142
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	162
Antonio Cortón, por D. José del Castillo Soriano.....	174
Felipe II y el Cónclave de 1559 (continuación), por D. Ricardo de Hinojosa	181
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad..	195
Revista de teatros, por Ramiro.....	207
Crónica política, por A.....	213
Revista extranjera, por S.....	217
Boletín bibliográfico.....	222

15 DE MAYO DE 1889

Noticia de una compilación de leyes romanas y visigodas, por don Francisco de Cárdenas.....	225
Bosquejo biográfico del popular escritor de costumbres D. Ramón de Mesonero Romanos, por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	249
Origen y desarrollo de la vida en el globo (continuación), por el Marqués de Nadaillac.....	267
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	287
Las Memorias del General Córdova, por A.....	299
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad..	304
Revista de teatros, por Ramiro.....	311
Crónica política, por A.....	319
Revista extranjera, por S.....	329
Boletín bibliográfico.....	333

30 DE MAYO DE 1889

De las ideas políticas en España cuando la casa de Austria entró á reinar, por D. Antonio Cánovas del Castillo.....	337
Noticia de una compilación de leyes romanas y visigodas (continuación), por D. Francisco de Cárdenas.....	367
Solemnidad académica en honor del Marqués de Pozo-Rubio, por don C. Soler y Arqués.....	402
Origen y desarrollo de la vida en el globo (continuación), por el Marqués de Nadaillac.....	420
Bosquejo biográfico del popular escritor de costumbres D. Ramón de Mesonero Romanos (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	434
Tradiciones de Lorca, por El Lurki.....	446
Revista de teatros, por Ramiro.....	452
Crónica política, por A.....	453
Boletín bibliográfico.....	462

15 DE JUNIO DE 1889

Las calles de Madrid, por A.....	465
Herencia moral del organismo, por D. Rafael González.....	482
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	490

Origen y desarrollo de la vida en el globo (continuación), por el Marqués de Nadaillac	508
Bosquejo biográfico del popular escritor de costumbres D. Ramón de Mesonero Romanos (continuación), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.....	521
Los males de la patria (continuación), por D. L. Mallada.....	532
Acontecimientos literarios, por D. Melchor de Palau.....	541
Felipe II y el Cónclave de 1559 (continuación), por D. Ricardo de Hinojosa..	549
Crónica política, por A.....	561
Revista extranjera, por S	568
Boletín bibliográfico	574

30 DE JUNIO DE 1889

La agricultura como base de todo engrandecimiento intelectual, por D. Manuel Lorenzo D' Ayot.....	577
Origen y desarrollo de la vida en el globo (continuación), por el Marqués de Nadaillac.....	600
Bosquejo biográfico del popular escritor de costumbres D. Ramón de Mesonero Romanos (conclusión), por D. Joaquín Olmedilla y Puig.	617
El teatro tagalo (continuación), por D. Vicente Barrantes.....	623
La diosa de la Alhambra, por D. Manuel Reina	640
Los males de la patria (continuación), por D. Lucas Mallada.....	645
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad ..	658
Crónica política, por A.....	668
Boletín bibliográfico.....	683

